

La Ilustración Artística

AÑO XXX

BARCELONA 22 DE MAYO DE 1911

NÚM. 1.534

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES



EL LIBERTADOR DE AMÉRICA JOSÉ DE SAN MARTÍN, cuadro de Alfredo Roll

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística de París.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros subscriptores el segundo tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA de la serie correspondiente al presente año, que será

OBRAS ESCOGIDAS DE GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Precede á esta bella edición el *Discurso sobre la Poesía*, del ilustre vate, gloria del Parnaso español, y en ella figuran obras tan profundas y magistrales como *Raimundo Lulio*, *La selva oscura*, *El veltigó*, *La última lamentación de Lord Byron*, *Idilio*, *Elegía*, etc., valoradas por una ilustración verdaderamente espléndida, puesto que la constituyen magníficas composiciones de artistas tan universalmente renombrados como Pradilla, Domínguez, Jiménez Aranda, Mérida (Arturo y Enrique), Plasencia, Villodas, Villegas y Vallés. Merced á todos estos elementos, tenemos la seguridad de que el volumen que dedicamos al poeta eximio podrá contarse entre los más notablemente publicados en nuestra BIBLIOTECA.

SUMARIO

Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Las grandes escritoras modernas. La condesa de Pardo Bazán*, por Angel Guerra. — *Inauguración del Asilo para artistas líricos en Ris-Orangis*. — *Hospital de campaña en Casablanca*. — *Roma. Exposiciones Etnográfica, de Bellas Artes y Arte Retrospectivo*. — *Londres. Inauguración del monumento erigido en honor de la reina Victoria*. — *Justicia humana* (novela ilustrada; continuación). — *Aventuras de Juanito y Juanita* (continuación). — *Festival de educación física*. — *Roma. Batalla de flores en Villa Borghese*. — *Libros*.

Grabados.—*El libertador José de San Martín*, cuadro de Alfredo Roll. — *La condesa de Pardo Bazán*. — *Retrato de la señorita X*, por Carlos Marr. — *Paisaje*, cuadro de Emilio Claus. — *Los enredos del diablo*, tríptico por José Pinazo Martínez. — *En la fuentejilla*, *Retrato*, cuadros de Eugenio Hermoso. — *Asilo para artistas líricos en Ris-Orangis*. — *La actriz señora Thibaud*. — *Casablanca. Hospital de campaña*. — *Roma. Pabellones de Lombardía, Ruso y de la República de San Marino*. — *Barcelona. VI Exposición Internacional de Arte*. — *Londres. Inauguración del monumento á la reina Victoria*. — *Llegada del emperador de Alemania*. — *Festival de educación física en las Escuelas Pías de Barcelona*. — *Roma. Batalla de flores en Villa Borghese*.

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE

II Y ÚLTIMO

No ha de hacer protestas, quien esto escribe, de su respeto profundo por la crítica pictórica, cuyas funciones no pretende usurpar ni ahora ni nunca. Pero la presente Exposición, como todos los acontecimientos artísticos, al lado de su aspecto profesional y reservado á los especialistas, presenta otro aspecto social y de enlace con la vida superior de un país y de la humanidad entera. Y este aspecto es el que incumbe recoger y comentar á un cronista, sin invadir el campo de los escritores técnicos, ni sentar plaza de censor, ni improvisarse maestro en unas disciplinas que exigen largo y costoso aprendizaje.

En el artículo anterior me referí á la polémica suscitada en torno del presente certamen y á la primera impresión, sobrado pesimista, que acerca de él se había extendido entre el público. La consiguiente reacción no ha tardado en presentarse; y las razones que yo mismo aducía para hacer ver lo absoluto de ciertos juicios, han sido invocadas simultáneamente por plumas y voces de mayor autoridad. Cada país multiplica actualmente sus concursos de carácter internacional, regnicola, comarcal ó simplemente urbano. A la Exposición de Bruselas, con el retraimiento indirecto y el alza de los seguros que su incendio hubo de producir aunque no alcanzase en nada á la sección de Bellas Artes, ha sucedido la de Roma, monopolizando la atención de todo el mundo civilizado. Esa multiplicación de los esfuerzos y de las demandas cede en perjuicio de la concurrencia ó de la calidad de la concurrencia; y hay que tener en cuenta mil razones circunstanciales antes de comparar un certamen con otro y, sobre todo, antes de fallar sobre el decaimiento artístico de un país por la muestra que figure en una exhibición determinada, obra del azar y del capricho muchas veces.

Es verdad que recorriendo ahora las salas del Palacio Municipal de Bellas Artes, no pocos países hacen un papel menos lucido que en la Exposición de 1907. Y hay que contar con esa conjunción de circunstancias desfavorables, y es preciso hacerlas saber al público para que no incurra en depresiones de ánimo injustificadas y nocivas. Es verdad que la sección francesa, por ejemplo, no ofrece un gran interés y que el visitante de un día sale del recinto de la Exposición sin recordar una nota fuerte, de aquellas que rinden y subyugan la memoria. Acostumbrados al

recuerdo de la anterior, á las firmas ilustres cuyas obras habíamos admirado, á las ofertas que anunciaban la presencia de Puvis de Chavannes, Rodin, Pissarro ó Besnard, se sale de esta sección con el desencanto que produce una general medianía de manifestaciones, ni alterada ni rota por nada saliente, fuera de algún nombre aislado como La Touche, Desch, Mlle. Dufau.

En cambio Inglaterra, sin alcanzar un éxito deslumbrador, se presenta con escogida seriedad, sin notas redundantes, sin sobras ni excesos, pero con la valiosa y legítima aportación de Moira, de East, de Shannon, Walter Crane y Anning Bell. El retrato enviado por Shannon detiene á los más desprevenidos y reúne un grupo constante, como si el personaje retratado diese audiencia, en el mundo ideal de las transfiguraciones artísticas. Aun en esta esfera de la pintura, de la escultura, del grabado, el pueblo inglés se complace en prodigar un ejemplo de disciplina y empleo útil de sus facultades. Parece que no existen allí malversaciones de talento ni manirroto ó desgraciados que pierdan el tiempo en el cultivo de una falsa vocación. Diríase que es desconocido el *gaspiillage* de fuerzas sociales y que el ambiente nacional hace imposibles las dilapidaciones de actividad y tiempo que no hayan de tener debida eficacia.

En la sala de Austria sorprenden en primer término los soberbios retratos exhibidos por Lazlo y comparten dignamente esta atención, dentro de su respectiva índole los envíos de Adame, Imre y Schunzler. La poderosa Alemania no da idea de sí, con la representación que tiene en el actual certamen, como ya no la dió en el anterior, aunque fuera injusto no señalar algunos nombres, como los de Lenbach, Rietz Müntzer ó Bartels. La sección belga es bastante nutrida y de no poco carácter, rindiéndose todos á la maestría de Courteus, á los esfuerzos de Knoff, Claus, Douns y Oleffe. ¿Cómo podía presentarse Italia á la altura de su magisterio artístico universal y de sus preeminencias en la historia, si ha debido reservar para la exhibición romana en las fiestas del cincuentenario lo más selecto y representativo que á mano tuviera? Dentro de esta natural concentración impuesta por el patriotismo, son todavía de agradecer muestras tales como las que ofrecen Emma Ciardi, Balestrini, Innocenti. De la misma suerte el arte holandés, tan nutrido otras veces, se nos recuerda con las notas culminantes de Mme. Swartz y Van der Maarel.

Así como el arte español resultó otras veces eclipsado y empequeñecido por las representaciones extranjeras, ahora descuella y triunfa por su importancia sobre estas últimas, señalándose también por un fuerte sentido ó acentuación de nacionalidad muy diferente de la anarquía de gustos, de temperamentos y de significación que se observa en las remesas abigarradas de otros países. El conjunto de lo que nos ofrecen los artistas españoles de la otra parte del Ebro, revela una profunda transformación de los ideales artísticos, más todavía que en cuanto á los estilos ó procedimientos, en cuanto á la finalidad expresiva. Como rasgo general del nuevo arte puede descubrirse una intención psicológica, una interpretación de los misterios étnicos y de los atavismos de nuestra raza, una interpretación del paisaje en armonía con el alma de Castilla: la gravedad austera, la maceración, el transporte místico, la socarronería, la riqueza de vida interior contrastando con la frialdad del cielo, la desnudez del campo y la pobreza de los lugares en la quietud del domingo, en la vaga melancolía de las tardes de fiesta.

El alma de Castilla vuelve á hablar ahora, por medio de la pintura, con noción de su grandeza abatida pero latente y grave ó hierática y llena de dignidad. La pintura se ha impregnado de espíritu literario, de erudición, de crítica. Lo que se ha escrito y dicho durante veinte años acerca de los viejos pintores, de las viejas escuelas, del alma nacional, de la voluptuosidad, de la sangre y la muerte, lo que se ha disertado acerca de Velázquez, Zurbarán, Ribera, el Greco, Goya; todo eso flota y se advierte como un nimbo alrededor de las telas modernas de Chicharro, Benedito, López Mezquita, Zubiaurre y, como resumen de todos aunque aparte de todos, alrededor de las tres obras de Romero de Torres.

Porque es preciso convenir que en el sentido de la manifestación completa de una personalidad y de una tendencia consciente y definida, la actual Exposición presenta dos nombres culminantes: el del sutil y profundo pintor granadino y el del escultor Clará, sin que pueda omitirse en la parte de Cataluña á otros escultores como Oslé y Otero ni á un pintor de facultades tan poderosas como Mir. Las obras de Romero de Torres sugestionan al espectador, por poca espiritualidad que tenga, en virtud de una fuerza secreta de personificación y símbolo, que ha llegado á

arrancar de la vida actual y de la vida histórica de su pueblo, el tipo genérico ó *substratum* de la mujer española «bajo especie de eternidad». Así el retrato suelto como algunas de las figuras que aparecen en el *Retablo de amor*, producen una emoción confusa en que se baraja lo nuevo con lo antiguo; la mujer moderna que nos asombró un día, en la solemnidad de la Semana Santa, detrás de una mesa de pectorio, con los retratos venerables de Pantoja, con las *Moradas* de Santa Teresa, con la *Perfecta casada* de Fray Luis, con todas las realidades ó las abstracciones que condensan lo eterno femenino en la existencia ideal de España desde la Edad Media.

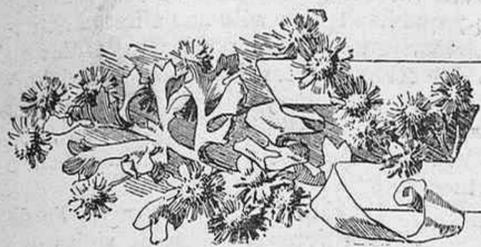
No falta quien tache de arcaísmo de museo ese linaje de pintura, muy semejante á las reconstituciones literarias que paralelamente han surgido y que conducen á una imitación de lo imitado mucho más que de lo palpante y vivo; mas no cabe negar que de esas reconstituciones eruditas se pasa insensiblemente á las obras directas según el alma antigua, según el sentido y las predisposiciones eternas de la raza, hasta el punto de que toda restauración nacional y todo rejuvenecimiento artístico viene por ellas y se abre camino por medio de ellas. Remontando á los manantiales de la tradición española en los siglos XVI y XVII, remontando á la tradición única para la escultura, esto es, á Grecia, vemos á Romero de Torres y á Clará, respectivamente, haciendo pensar, haciendo discurrir al espectador desapasionado, y subyugándole por alguna cosa más que la impresión sensual y placentera de los colores lozanos ó las carnes espléndidas, pero sin expresión trascendente.

A estas reflexiones generales pueden reducirse las que en una visita rápida experimenta el curioso observador de la novedad barcelonesa. La Exposición no debe considerarse un fracaso. Yo creo que se abusa muchísimo del nombre de Europa entre nosotros y, como dije, esta preocupación, esta *fiebre obsidional* de modernismo rabioso, de «europeidad» á todo trance, de íntima palpación y de inquietud devoradora y febril, acabará, si Dios no lo remedia, por alejarnos de Europa, de la originalidad y de la novedad verdaderas, que son aplomo, que son firmeza y seguridad de sí propio, que son evolución normal dentro de atmósferas y tradiciones culturales desde largos siglos establecidas. No recuerdo dónde ni por boca de qué personaje dice Shakespeare que es preciso llevar las penas con sultura y elegancia, como lleva sus vestidos el gran señor. Alguna vez llevamos por acá con demasiado envaramiento nuestro papel de neófitos de la civilización moderna. Un poco de reserva, un poco de silencio, no estarían de más y acaso se aprovecharan mejor las horas y los días. Antes de ahora, en estas mismas páginas he hablado yo de la conveniencia de construir una modesta acera, una modesta y sólida fuente, y dejar esa continua fabricación de planes y quimeras fuera del tiempo y del espacio, ese continuo discutir sobre cómo será la ciudad futura.

Contra los errores del falso patriotismo y las tremendas caídas que había ocasionado á la nación pudo hablar Costa, hace diez ó doce años, de cerrar bajo siete llaves el sepulcro del Cid. Si nuestro afán de incorporación á Europa, si nuestro anhelo de desquite, de producción seria, de originalidad, nos ha de mantener en continua y extravagante impotencia ó en una material idolatría de los figurines cosmopolitas, será cosa de cerrar también, bajo siete llaves, la segunda fórmula del pensador aragonés, que suya fue también la del europeísmo.

No sé por qué se me antoja creer que dicha obsesión está en crisis y que el certamen abierto actualmente en Barcelona no ha sido más que el momento ocasional de que ella se declarara. Algo flota y rueda en la atmósfera del Palacio de Bellas Artes que supone un cambio de espíritu y de orientación, no tanto en los artistas como en sus inductores. Porque en este relativo fracaso, si de fracaso puede hablarse, han tenido mayor culpa los consejeros que los mismos pecadores. El hecho ha nacido de la inducción, de la propaganda, de las exhortaciones pseudo-críticas, del verbalismo, en suma, mucho más que de los ejemplos de taller ó de la influencia perniciosa de una imitación mal escogida... Y mientras tanto la Exposición como amenidad barcelonesa, como número del programa primaveral, sigue atrayendo á la gente y animando unas horas de la tarde, hasta que el sol poniente convida á salir y á recorrer las vías espléndidas de la ciudad regada, bajo los plátanos temblorosos y agitados por la brisa, mientras van surgiendo en la sombra violácea del crepúsculo las enormes perlas, los pálidos focos de la iluminación nocturna, en las horas fervientes del anochecer.

MIGUEL S. OLIVER.



LAS GRANDES ESCRITORAS MODERNAS
LA CONDESA DE PARDO BAZÁN



Hace tiempo que deseo hacer en público una sincera y bien meditada declaración. Y es que entre esas grandes escritoras contemporáneas, en las literaturas de todos los países, yo no encuentro una que tenga la personalidad varia, compleja y completa de la insigne autora de *La Quimera*.

Por un irresistible espíritu de curiosidad, yo me he asomado un poco á las letras extranjeras. Casi pudiera añadir que las he estudiado con ahinco durante algunos años. Y de ese viaje espiritual por otros países he traído la impresión crítica de que la literatura española moderna se honra con el más acabado tipo de escritora que exista en el mundo á la hora presente.

Considerando á la condesa de Pardo Bazán bajo los múltiples aspectos de su relevante personalidad literaria, yo quisiera que se me dijese qué otra escritora contemporánea puede oponérsele, no ya para superarla, ni siquiera para igualarla. En algunos puntos quizás otras la superen; no me opongo á esa opinión, aunque no la comparto. Acaso se diga que es superior como novelista Matilde Serao, tal vez se afirme que ha poseído una mayor erudición Arvéde Barines. Aun á regañadientes, concedámoslo por espíritu de transigencia. Pero la autora de *Il ventre de Nápoli* carece de la cultura necesaria y del aliento crítico que ha demostrado la autora de *La novela y la revolución en Rusia*. De otra parte, la culta escritora que escribiera *Poètes et Nevrosés* no hubiese escrito nunca una novela tan admirable como *Los Pazos de Ulloa*.

De añadidura, ni la novelista italiana ni la erudita francesa han poseído el talento multiforme de la condesa de Pardo Bazán, y mucho menos su estilo impecable.

Tengo para mí que el caso de la insigne escritora española es único. No sé de otro talento femenino que, siendo tan intenso, haya sido á la vez tan vario. Ser novelista, cuentista, dramaturgo y crítico en una pieza, y despuntar en tan diversos géneros con aptitudes sobresalientes, como es el caso de la condesa de Pardo Bazán, hay que señalarlo con piedra blanca en la historia universal de las letras. Y es de lamentar que los críticos españoles no hayan pregonado, con voces más fuertes que pudieran hacerse oír en todas partes, honra nacional y de raza tan alta y á mi entender tan indiscutible. De haber nacido en Francia, en vez de nacer en nuestra tierra casi aislada intelectual y literariamente, la insigne autora de *La Tribuna* ocuparía el puesto de honor, el primer puesto entre las escritoras contemporáneas, á que tiene incuestionable derecho.

¿En qué despunta más la condesa de Pardo Bazán como escritora? ¿Qué libro, entre los numerosos suyos, merece la primacía? He ahí dos puntos difíciles, que cualquier crítico se hallará perplejo al contestar. Para salir del paso, y airosamente, lo mejor es decir que todo lo que ha salido de su pluma, con leves diferencias, es igualmente admirable. Lo mismo valen sus novelas que sus estudios críticos. Incluso sus dramas, que un público frívolo y una crítica más frívola aun juzgaron con cierta liviana banalidad, son superiores á la mayor parte de la producción dramática española, tan insubstancial, de estos últimos tiempos. Y en ellos están inspirándose dramaturgos muy celebrados.

La variedad de los talentos de la condesa de Pardo Bazán se encuentra de manifesto en sus novelas. ¡Qué evolución —y yo dijera qué rápido salto— desde el naturalismo descarnado de *Insolación* al misticismo singular de *Dulce dueño*! Marcan esos dos libros no sólo dos etapas distintas en un talento de novelista que no se inmoviliza en una sola fórmula literaria, sino que también señalan el profundo cauce trazado en las letras modernas, en el curso de un cuarto de siglo, por la corriente tumultuosa y reno-

vadora de las ideas estéticas. Pero ese eclecticismo, ese poder de adaptación, siguiendo el espíritu literario del siglo, no es posible sin una variedad compleja del talento y sin una gran flexibilidad del temperamento. Hay escritores, de los más renombrados, que han visto pasar las modalidades artísticas, y han permanecido hieráticos, como esfinges, aun á riesgo de convertirse en anticuados. Y es que carecían de esa flexibilidad espiritual que hace que todo talento



La condesa de Pardo Bazán

se adapte á las exigencias estéticas del momento.

Fué naturalista la condesa de Pardo Bazán cuando el naturalismo, como escuela literaria, conquistó el mundo dando á la novela uno de sus ciclos más esplendorosos, al que, justo es decirlo, dió también un valiosísimo concurso España. Pero ese movimiento pasó. Ahora se ha abierto un período de idealismo casi místico, que ha transformado por completo la novela contemporánea. Los escritores con flexibilidad de talento han evolucionado. Los que no han podido se han quedado atrás, vueltos al pasado, inmóviles y abandonados, como la mujer de Loth. Bien lo dijo D'Annunzio: *o rinovarsi o morire*.

Pues bien, la condesa de Pardo Bazán ha realizado esa evolución extrema. Su arte ha sufrido una inmensa desviación, pero su talento ha permanecido, á pesar del brusco salto, ecuánime y con la misma fuerza. Los que hayan entrado por las páginas de *Los Pazos de Ulloa*, cuadros de un realismo pintoresco, entrarán también con el mismo placer, aunque la decoración y el ambiente hayan cambiado radicalmente, por las páginas de *La Quimera*, obra extraña de un psicologismo sutil é intenso, y por las páginas de *Dulce dueño*, su último libro, donde hay lo que un crítico llamara «temblores nuevos,» inquietudes íntimas, profundas, de un alma á través de la vida.

El mismo arte maravilloso que se puso en describir un paisaje antes, se ha puesto ahora en describir un espíritu. El poder de observación, la minuciosidad en el detalle, es idéntico. Lo que hay es que sin duda alguna las dificultades han aumentado. No sólo porque el campo de visión es distinto, sino tam-

bién porque es indispensable una expresión diferente. Para ello, ¡qué diversidad de aptitudes hay que poner á prueba!

No todos se habrán fijado en el valor mental y artístico de esta transformación que se ha operado en la condesa de Pardo Bazán como novelista. Y en ello estriba, sin embargo, su más grande mérito.

De esa multiplicidad de aptitudes en la gran escritora da una más exacta idea la serie variedad de sus cuentos. Numerosos tomos de ellos lleva ya publicados: *Cuentos de amor*, *Cuentos sacro profanos*, *En tranvía* (cuentos dramáticos), *Cuentos de la Patria*, *El fondo del alma*, *Cuentos de Marinada*, *Sud-exprés*. ¿Quién, estudiándolos todos y cada uno, se atreverá á clasificarlos? Todos y cada uno responden á una idea y un sentimiento distintos. Los hay trágicos como los de Maupassant; psicológicos como los de Bourget; de un naturalismo violento como los de Capuana ó Verga; con respuntes filosóficos como los de Sudermann; rebotando una amarga ironía como los de Tchekhov; de evocación histórica como los de Von Heidenstam, ó con aromas de leyenda como los de Selma Lagerlof; de frivolidades femeninas como los de Prevost, ó de una gran intensidad poética como los de D'Annunzio; de un raro exotismo como los de Robert Hichens ó Lafcadio Hearn.

No es la cantidad de cuentos que ha producido la condesa de Pardo Bazán lo que asombra, sino su infinita variedad. Y también añadiría que su estupenda perfección. Algunos pueden y deben quedar como verdaderos *chefs d'œuvre*. Tal es su valor, tanto mirando al fondo como á la forma. Maravillan. En los centenares de cuentos, que ha escrito la condesa de Pardo Bazán no se encontrará una reminiscencia siquiera de uno en otro. Cambia hasta lo infinito el asunto, la visión, la factura.

Y hay que advertir que acaso el cuento sea el género más difícil, tanto en su textura interna como en su técnica. La novela, que es análisis, da amplio campo á la pluma para desenvolverse con holgado desahogo, mientras que el cuento, que es síntesis, exige una gran concentración imaginativa y una más férrea disciplina de las facultades creadoras. No es cuestión de procedimiento meramente literario, sino de creación artística. Hay quien ha escrito magníficas novelas y ha producido pésimos cuentos; hay también quien ha escrito cuentos prodigiosos y malas novelas. Para mí el cuento *Boule de suif*, de Maupassant—pudiera citar también algún otro suyo,—por su perfección acabada, vale más que su novela *Bel Ami*.

Hablo de estas dificultades y de estas perfecciones del cuento para poner más de realce la personalidad literaria de la condesa de Pardo Bazán, quien ha escrito un millar de cuentos, todos magníficos, y entre ellos una docena legítimamente magistrales, algunos de los cuales quedarán en las letras españolas, para una posteridad más reverente y más culta, como modelos del género. Porque hay que declararlo: en España no hay un escritor—y eso que *Clarín* escribió algunos prodigiosos como *La conversión de Chiripa* y *Adiós, cordera*,—que pueda como cuentista disputar la primacía á la condesa de Pardo Bazán.

Todo esto se refiere á su talento creador. Pero hay en esta gran escritora otro aspecto de un valor extraordinario. Es su talento crítico. En ella no sólo es de un gran precio la imaginación, sino también la mentalidad. Ahí están, como una alta ejecutoria de intelectualidad compleja, sus libros de crítica literaria é histórica. Al leer las páginas de *La cuestión palpitante*, *De mi tierra*, *Los poetas épicos cristianos*,

San Francisco de Asís, La revolución y la novela en Rusia y Retratos y apuntes literarios, se recuerda, por una asociación de ideas, á Macaulay, á Taine, á Sainte Beuve, á Jorge Brandés, las grandes figuras de la crítica contemporánea en el siglo anterior. Porque quien ha producido esos libros, no puede ser comparada con los dioses menores de la crítica. *Los poetas épicos cristianos* hace pensar en los *Essays* de Macaulay; *San Francisco de Asís en Port Royal* de Sainte Beuve; *La novela y la revolución en Rusia* en la *Histoire de la littérature anglaise* de Taine, y el mismo libro *La cuestión palpitante*—resumen de las ideas estéticas puestas en circulación al advenimiento del naturalismo y de las batallas que en pro de él librara Zolá,—así como *La literatura romántica en Francia*—historia crítica acabada de un período literario en el país vecino y su repercusión en las letras universales,—traen á la memoria la obra colosal de Brandés *Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX*.

Es la condesa de Pardo Bazán una erudita que se ha asomado, con gran curiosidad y sobre todo con gran provecho, al pasado. Su cultura es extensa y, más que nada, sólida. Ella ha estudiado perseverantemente ciencias filosóficas, historia, literatura. No ha pasado por esas lecturas, leyendo á flor de la letra de molde. Ha ahondado, con una enorme penetración intelectual. Claro es que no se trata de uno de esos pacientes investigadores de archivos y bibliotecas que luego nos abruman con su saber bibliográfico horriblemente pesado y enojoso. Estos benedictinos sin hábito y sin talento, son anticuados y tienen mucho de anticuarios. También en esta larga estirpe de bibliófilos están los eruditos superficiales, que han leído con paciencia, pero que, por falta de mentalidad, no han profundizado y que suelen caer en la más cómica pedantería.

La erudición en la condesa de Pardo Bazán, por lo mismo que es sólida, es sobria y discreta. La utiliza únicamente cuando ella sirve á sus propósitos, cuando se hace necesario utilizarla para robustecer un argumento ó dar una indiscutible autoridad á una opinión.

**

A ésta cultura, á esta educación de la inteligencia—indispensable en un crítico que no sea de pan llevar—se une en la condesa de Pardo Bazán un talento natural vivo y despierto, un gran sentido de observación que todo lo escudriña y un espíritu hospitalario que todo lo comprende. Por un poder robusto de adaptación, por un agudo instinto apto para apreciar la belleza en cualquier forma que se revele, ella piensa y siente á tenor de lo que otros pensaron y sintieron. Es decir, los comprende. Luego viene la depuración, y el juicio propio da su fallo con entera libertad y espontáneamente. No estará conforme con un escritor—por disparidad de ideas ó por cualquier otro motivo,—pero no se podrá nunca decir de la condesa de Pardo Bazán que no lo ha entendido. Es seguro que lo ha desentrañado, en lo que tenga de

más profundo y hasta en lo que ostente de más frívolo. Y no hay siquiera error de interpretación. Lo que habrá es que, por divergencias espirituales, no lo estime. Que es cosa bien distinta.

Otro género en que ha despuntado la condesa de Pardo Bazán es en trazar impresiones de viaje, género muy latino, y que estuvo muy de moda en España hace un tercio de siglo. Con tanta erudición

poca consistencia de los asuntos tratados, también volanderos y que han tenido sólo una efímera actualidad, no sobreviven más que por las gallardías de pluma con que están escritos. No es defecto del artista, que les prestó la vida y el encanto que pudo; su inconsistencia depende de la misma realidad, que no dió temas con derecho y con fuerza bastante para perpetuarse.

En cambio, la condesa de Pardo Bazán tiene un libro de viajes que es un monumento. Me refiero al libro *Por la Europa católica*. Y en este punto y momento vuelve á mi memoria el nombre de Hipólito Taine. En efecto, bien puede compararse, sin escrúpulos y sin temor á menoscabos, *Por la Europa católica* y la obra *Viajes por Italia*.

Hay que saber viajar. Muchos corren el mundo, y de ellos puede afirmarse que no han salido del rincón de casa. Abruma el montón de libros de viajes que constantemente se publican. Muchos escritores se atienen á la descripción de exterioridades sin fuerza en los puntos de la pluma para dar una espléndida visión de color. No son artistas. Otros rellenan las páginas que escriben con notas históricas que recogen en cualquier manual al alcance de todas las fortunas. Pero no aciertan á hacer una magnífica evocación histórica. No son poetas del pasado. Los más nos fatigan con observaciones de sociología barata y con apuntes críticos que denuncian una cultura superficial y una mentalidad raquítica.

En cambio, cuando viaja por tierras extrañas, tierras de observación ó de recuerdos, un espíritu abierto á las grandes impresiones del vivir humano y del tumulto social; abierto á las sensaciones del arte ante las obras artísticas que los siglos pretéritos nos dejaron y ante la corriente de la existencia que pasa, entonces ese espíritu nos dará á conocer la fisonomía de un pueblo, el color de las épocas, las evoluciones del arte, el contenido espiritual de una raza, los progresos y las decadencias de las civilizaciones humanas.

leyendo *Por la Europa católica* de la condesa de Pardo Bazán, como leyendo los *Viajes por Italia* de

Taine, se saca esa impresión y se reciben esas sensaciones, no transitorias, sino perdurables, en el fondo de nuestro espíritu.

España, á justo título, puede vanagloriarse de tener un talento de talla, como el de la insigne autora de *Un viaje de novios*. Pocos tan variados, tan complejos y tan completos. Entre las grandes escritoras contemporáneas, yo no le encuentro par. Claro es que superior no reputo ninguno, entre los talentos masculinos de la hora presente. Si hay algunos que bajo un aspecto determinado superen á la condesa de Pardo Bazán, tengo para mí—y así por mi cuenta y riesgo lo declaro,—que ninguno, juzgando por la labor en total, la aventaja con creces.

Quedará ese nombre, cuando la posteridad rinda la debida justicia crítica, como uno de los más excelentes que ha producido la literatura contemporánea, no en España, sino en todo el mundo, en el actual momento.

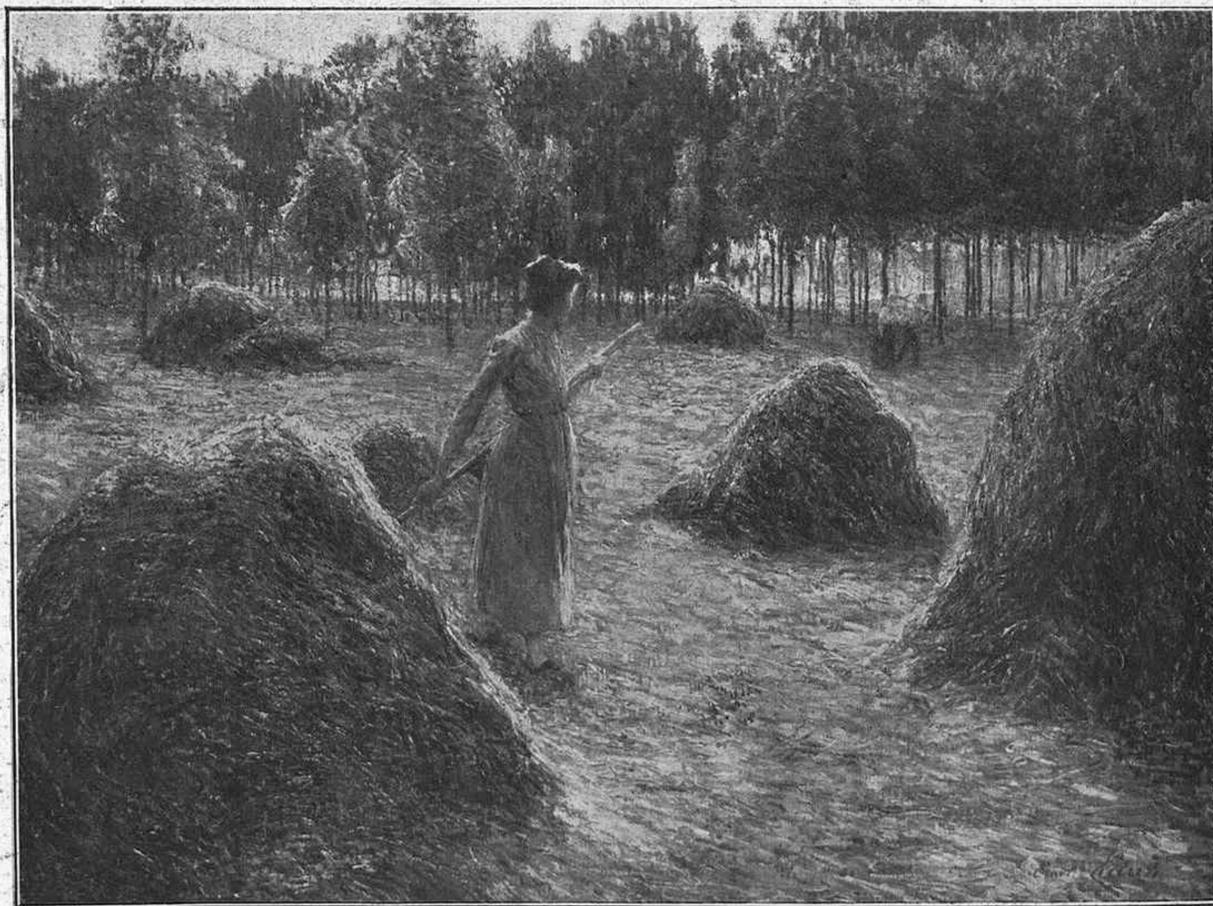
ANGEL GUERRA.



Retrato de la Srta. X, pintado por Carlos Marr
(VI Exposición Internacional de Arte de Barcelona. Sala de Alemania.)

Este retrato del celebrado pintor alemán responde perfectamente á lo que deben ser las obras de este género. No es simplemente la reproducción de los caracteres físicos del personaje; no es tampoco exhibición de una pose cuidadosamente elegida para producir mayor efecto, sino que en él se refleja algo del alma y se representa al sujeto en una actitud natural, desprovista de toda afectación.

histórica como Castelar y con tanto sentido de lo pintoresco como Alarcón, á ambos supera la ilustre escritora. Algunos de sus libros de viajes, como *Al*



Paisaje, cuadro de Emilio Claus. (VI Exposición Internacional de Arte de Barcelona. Sala de Bélgica.)

El paisaje ha de ser algo más que la visión de la naturaleza trasladada al lienzo; el paisajista ha de sentir la naturaleza, ha de compenetrarse con ella, ha de ahondar en su poesía. Tal ha hecho el autor de este cuadro y por esto ha logrado que su pintura nos impresione gratamente y que al contemplarla experimentemos la misma emoción que debió conmover al artista y que constituye para éste el mejor aplauso.

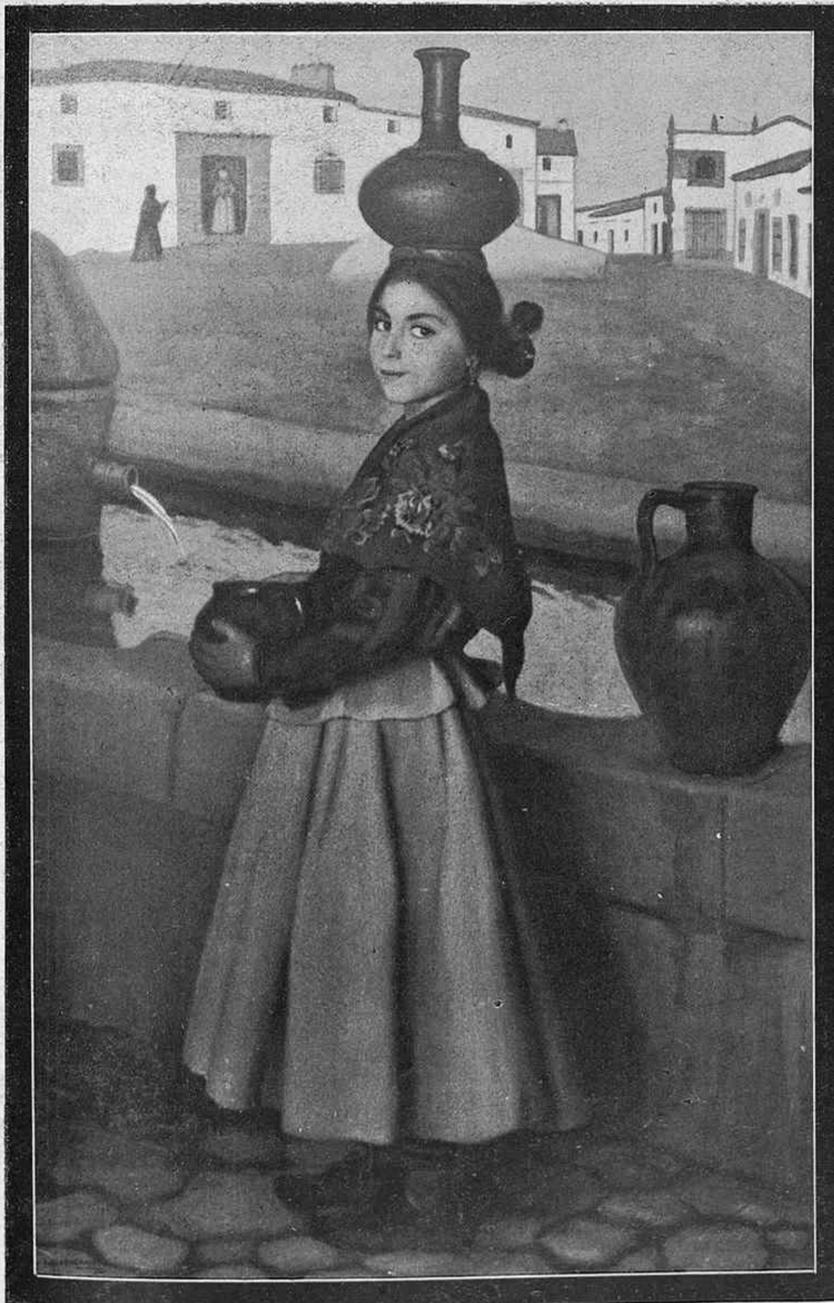
pie de la torre Eiffel, están compuestos de crónicas volanderas, amenas, interesantes, pero que por la

ña, sino en todo el mundo, en el actual momento.



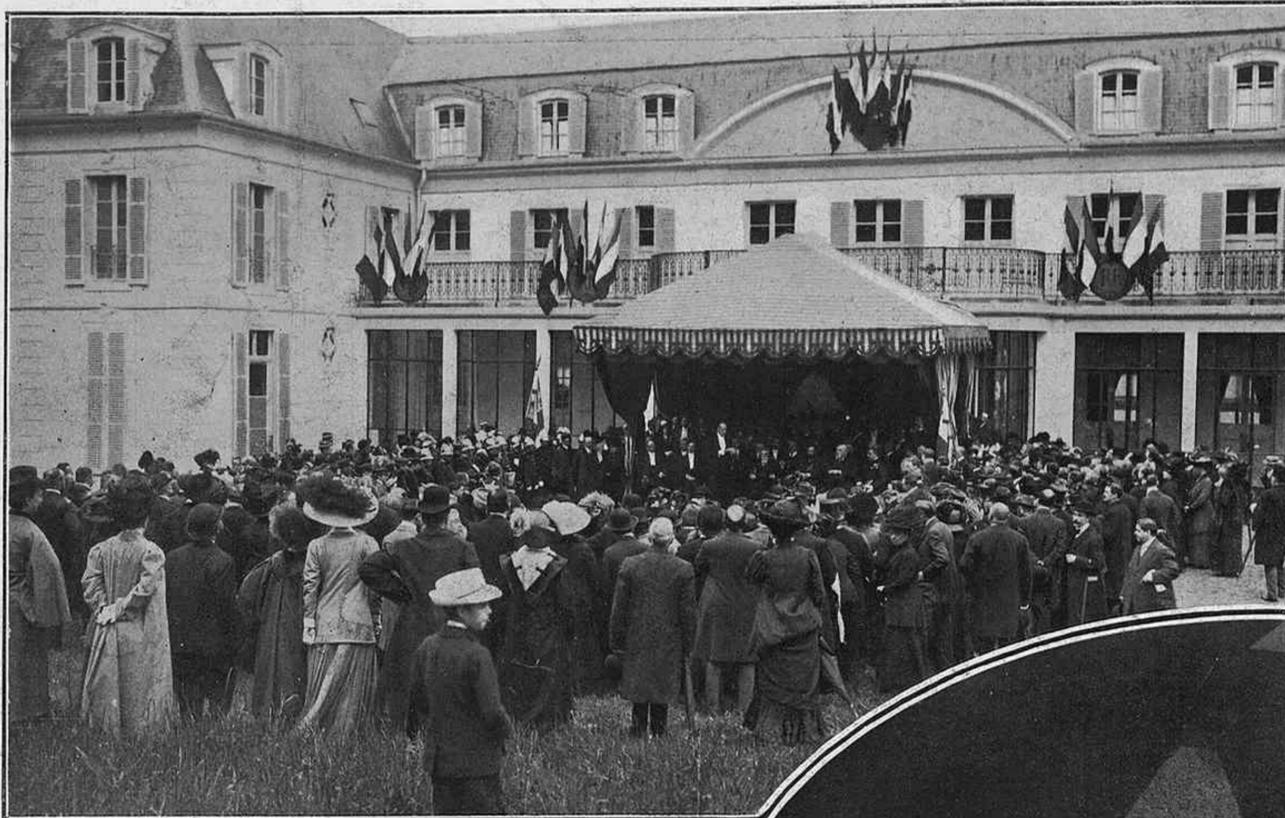
Los enredos del diablo, tríptico de José Pinazo Martínez

En un tríptico presenta Pinazo el tema que le ha inspirado la obra que reproducimos, que despierta interés tanto por la forma en que la ha desarrollado como por la brillantez de su tonalidad, que acredita á su autor como entusiasta por todo cuanto representa á nuestra patria y demuestra la hermosa gama de su paleta



En la fuentevilla.—Retrato, cuadros de Eugenio Heimoso

Varios lienzos verdaderamente recomendables exhibe este inteligente artista, representación de tipos y costumbres de una de las regiones características de nuestra patria. En cada uno de ellos ha hallado el joven pintor medio para atestiguar sus estimables condiciones de observador y colorista y su maestría en la ejecución



Inauguración por el presidente de la República francesa del Asilo para artistas líricos instalado en el histórico castillo de Ris-Orangis.

INAUGURACIÓN DEL ASILO

PARA ARTISTAS LÍRICOS EN RIS-ORANGIS

El presidente de la República francesa inauguró el día 15 del actual el Asilo que para artistas líricos se ha instalado en el histórico castillo de Ris Orangis gracias á la iniciativa del aplaudido actor Dranem. Hacía muchos años que éste había concebido tal proyecto, que al fin ha podido ser realizado y que ha de poner al abrigo de la miseria á los que, habiendo conocido todas las delicias del aplauso y aun de la gloria, llegan á la vejez faltos de recursos con que atender á su subsistencia.

Dranem, eficazmente secundado por algunos compañeros de profesión, dedicó todos sus esfuerzos á tan laudable objeto y pudo conseguir del gobierno autorización para una lotería cuyos productos, unidos á los de varias subscripciones particulares, dieron la suma de seiscientos mil francos, con parte de lo cual se adquirió el antes citado inmueble.

El castillo, hoy transformado en asilo, puede al-

tiene su cuarto de vestir y su lavabo. Hay salas de baños y de hidroterapia, una enfermería admirablemente instalada, salón para las señoras, biblioteca y sala de billar.

La célebre actriz señora Thibaud recitando una poesía de Enrique Bataille en el acto inaugural del asilo. (De fotografías de Ról.)



Desde Francia se han enyado considerables refuerzos que han desembarcado en Casablanca, en donde también se ha instalado el hospital de campaña que adjunto reproducimos y que está destinado á



Casablanca.—Hospital de campaña destinado á recibir los heridos y enfermos de las tropas francesas que al mando del general Moinier avanzan sobre Fez. (De fotografía de Harlingue.)

bergar 60 pensionistas: 24 hombres, 24 mujeres, célibes ó viudos, y seis matrimonios. Cada habitación

El hermoso parque que rodea el edificio tiene unas diez hectáreas.

recibir los heridos y enfermos de la mencionada columna.—R.

ROMA — EXPOSICIÓN ETNOGRÁFICA. EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES. EXPOSICIÓN DE ARTE RETROSPECTIVO

Por una equivocación no imputable a nosotros, dimos en el número último como vista del pabellón lombardo la del piamontés; hoy publicamos la vista de dicho pabellón de Lombardía que figura en la Exposición Etnográfica y Regional, omitiendo su descripción por haberla dado ya entonces y en cambio diremos algo del de Piemonte. Es éste una reconstrucción, perfectamente hecha bajo la dirección de los arquitectos Andrade y Berthea y del arqueólogo Trota, del famoso priorato de San Urso edificado en Aosta en los últimos decenios del siglo XV por los Sres. de Challant, que tanto fomentaron las bellas artes en aquella región. En el interior se han copiado los muebles y enseres auténticos de Aosta y del castillo de Issogne y se ha reunido una preciosa colección de fotografías que reproducen las más notables obras artísticas piamontesas.

La pequeña república de San Marino ha querido asociarse a las patrióticas fiestas de la madre patria



Exposición Etnográfica y Regional.—Pabellón de Lombardía. (De fotografía de C. Abeniacar.)

de cerámica; una numerosa é interesantísima colección de autógrafos, etc., etc.

El día 13 de este mes inauguróse con gran solemnidad el pabellón ruso de la Exposición Internacional de Arte Moderno, con asistencia de los soberanos de Italia, del gran duque Wladimiro Boris y de la gran duquesa María Paulowna, que fueron recibidos por el embajador de Rusia, por el presidente del Comité de la Exposición conde de San Martino y por el alcalde de Roma.

El pabellón ruso es un grandioso edificio construído según el estilo señorial ruso del siglo XIX bajo la dirección del arquitecto Schuko, y contiene ocho espaciosas salas en donde están expuestas las obras de los artistas rusos contemporáneos de las más diversas tendencias, desde los académicos aficionados a los cuadros históricos y de género, hasta los modernistas de la sociedad «Exposición Ambulante» y los ultramodernistas de la agrupación denominada *Mir Iskustva*.



Exposición de Bellas Artes.—El pabellón ruso. (De fotografía de C. Abeniacar.)—El gran duque Wladimiro Boris, la gran duquesa Paulowna y los reyes de Italia inaugurando el pabellón ruso. (De fotografía de C. Trampus.)

y ha construído en el Castillo de San Angelo, en donde está la Exposición Retrospectiva, el pabellón que reproduce el grabado adjunto y que fué solemnemente inaugurado por los reyes el día 7 de los corrientes.

El pabellón es una construcción de la Edad Media. La sala de la planta baja representa el cuerpo de guardia del Consejo y en ella se ven numerosas armas y banderas antiguas. El piso superior se compone de dos salas; en una de ellas se leen los dos lemas latinos de la República: *Liberos ab utroque homine* y *Semper serena civibus*, y se admiran multitud de objetos históricos y otros relacionados con la vida y las costumbres de los sanmarinenses en las distintas épocas. En la otra sala hay expuestos diversos uniformes militares, un retrato del cardenal Enriquez, que libertó la República del yugo de Alberoni; el del capitán Belzeppi, regente de la República que en 1849 albergó en su casa a Garibaldi, á quien perseguían de cerca los austriacos; una vitrina del siglo XIV con bellísimas obras

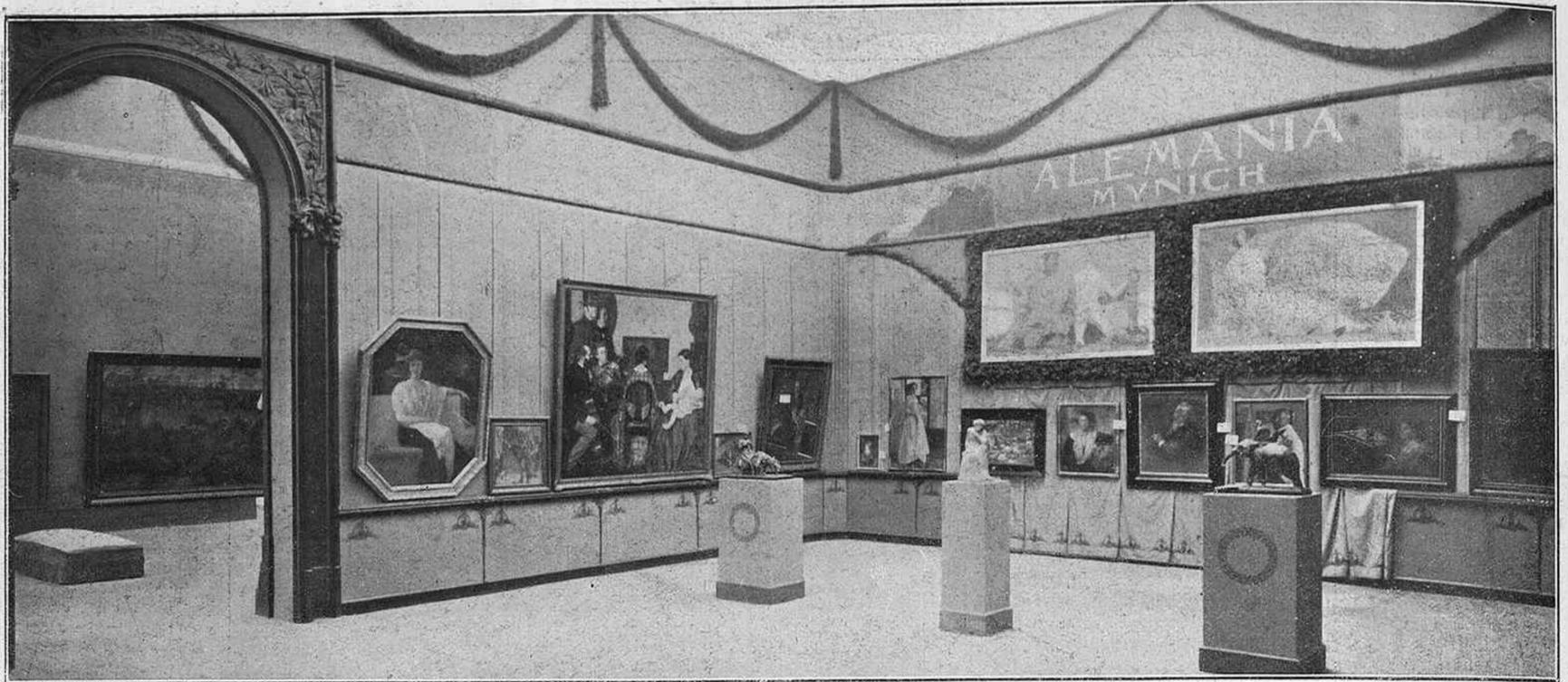


Exposición de Arte Retrospectivo.—Pabellón de la República de San Marino

Entre los pintores cuyos lienzos llaman principalmente la atención, citaremos á Dubowski, cuyo paisaje de grandes dimensiones *La patria* se considera una de las mejores obras de la exposición; á Bogdanoff Belsi, que en *El santo de la maestra* recuerda á los impresionistas franceses; Elia Kepin, que expone admirables retratos de Tolstoi, Morosow, Troubetzkoi y otros; Sierofi, el pintor de las mujeres nerviosas y elegantes y de los hombres que llevan impreso en el rostro el cansancio de un espíritu inquieto; á Maliavin, á Custodieff, á Benois, á Milioti, á Sarrían y á la señora Brailowska. De las esculturas, sobresalen las de Gunzburg.

En una de las salas están reunidas todas las obras de las varias sociedades de arte rusas, y en otra los trabajos de los alumnos de la Academia imperial de Bellas Artes.

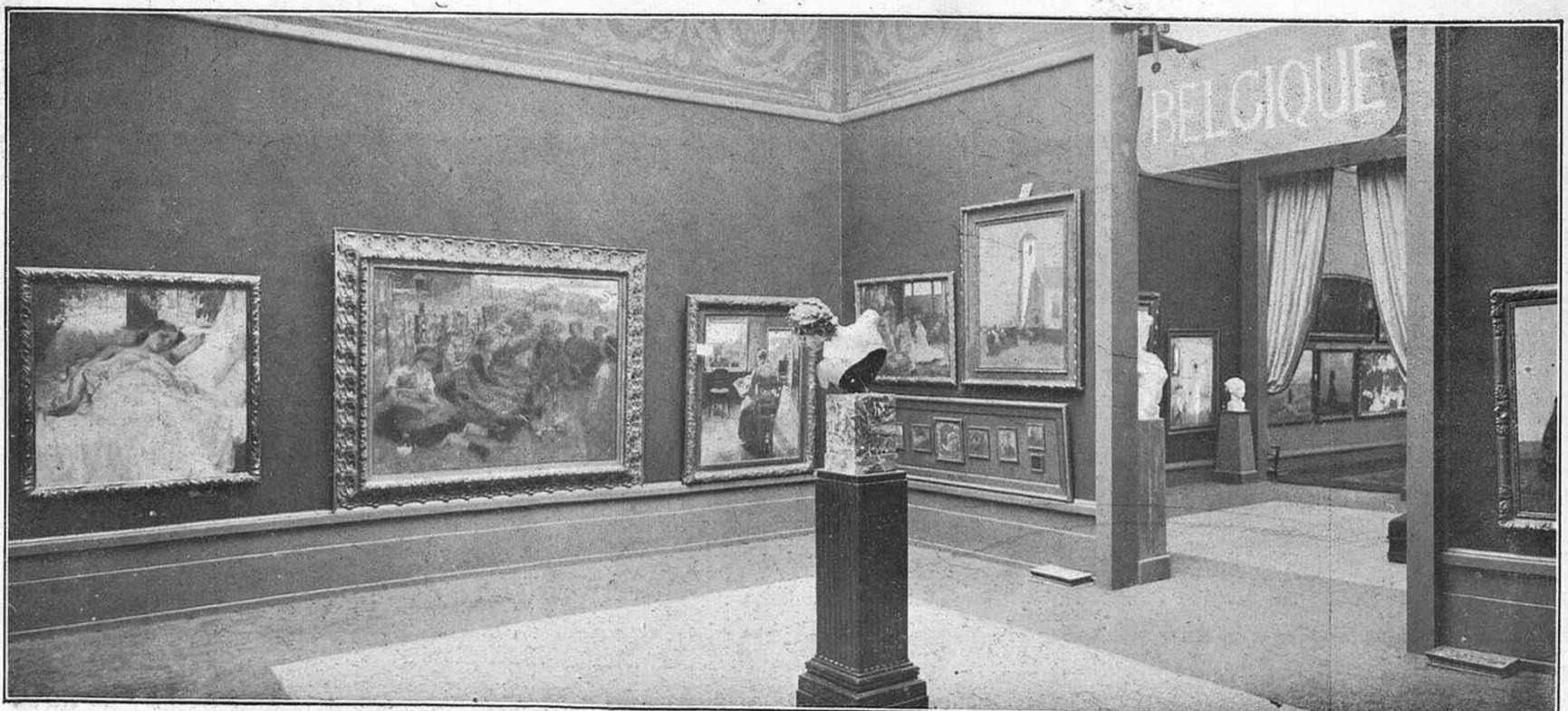
En el salón de honor hay una porción de divanes y sillones del palacio Yelaguine, esos famosos muebles de principios del siglo XIX de factura especial rusa. — S.



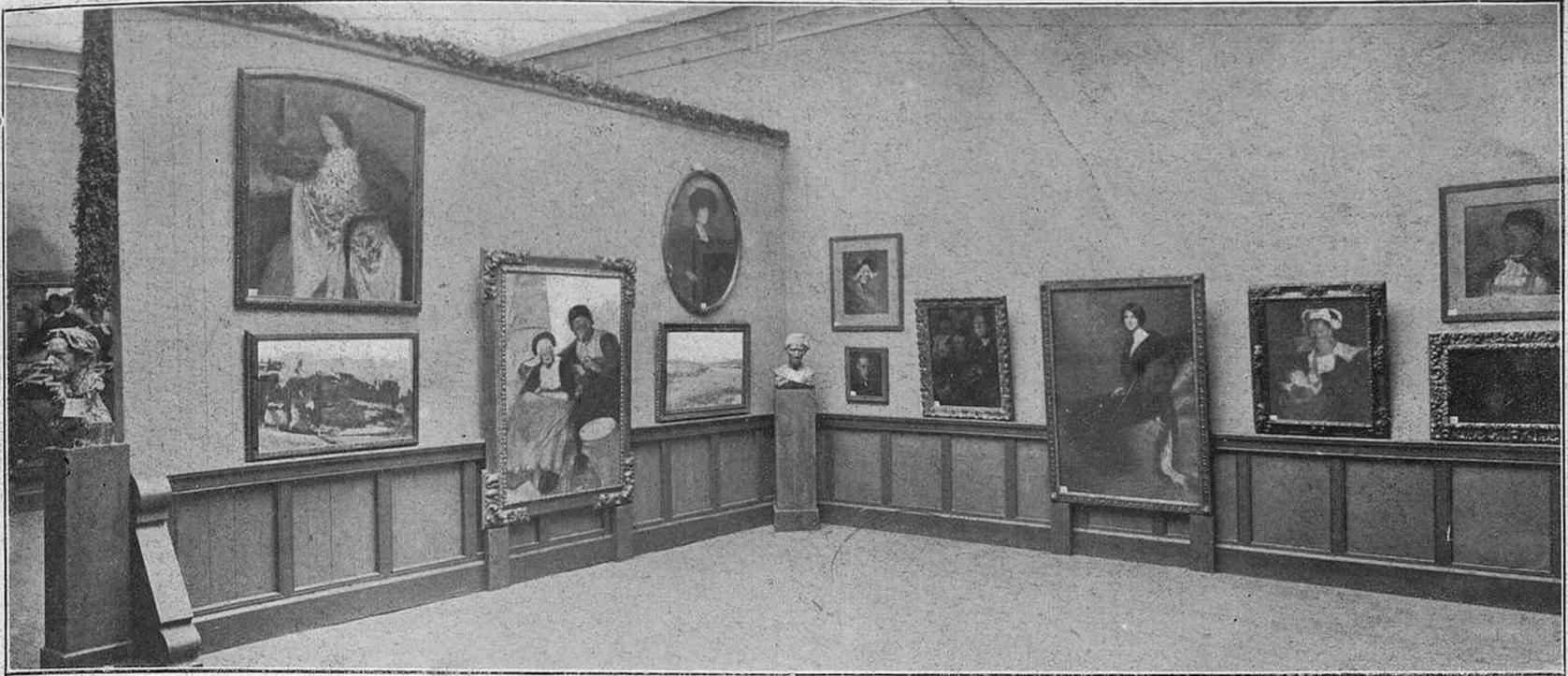
Sala IX. Munich.—Contiene cuadros de Münzer, Blos, Lenbach, Marr, Hangeler, Díez, Bartels, Kaulbach y Walther y esculturas de Vera von Bartels y Flossmann



Sala XI. Francia.—Figuran en ella cuadros de La Touche, Desch, Ferrier, Raffaelli, Dufau, Desvalieres, Gillot, D'Espagnat, Gándara, Bautet de Mourel, Guillonet y Meunier y esculturas de Hebard, Poter y Bartolomé



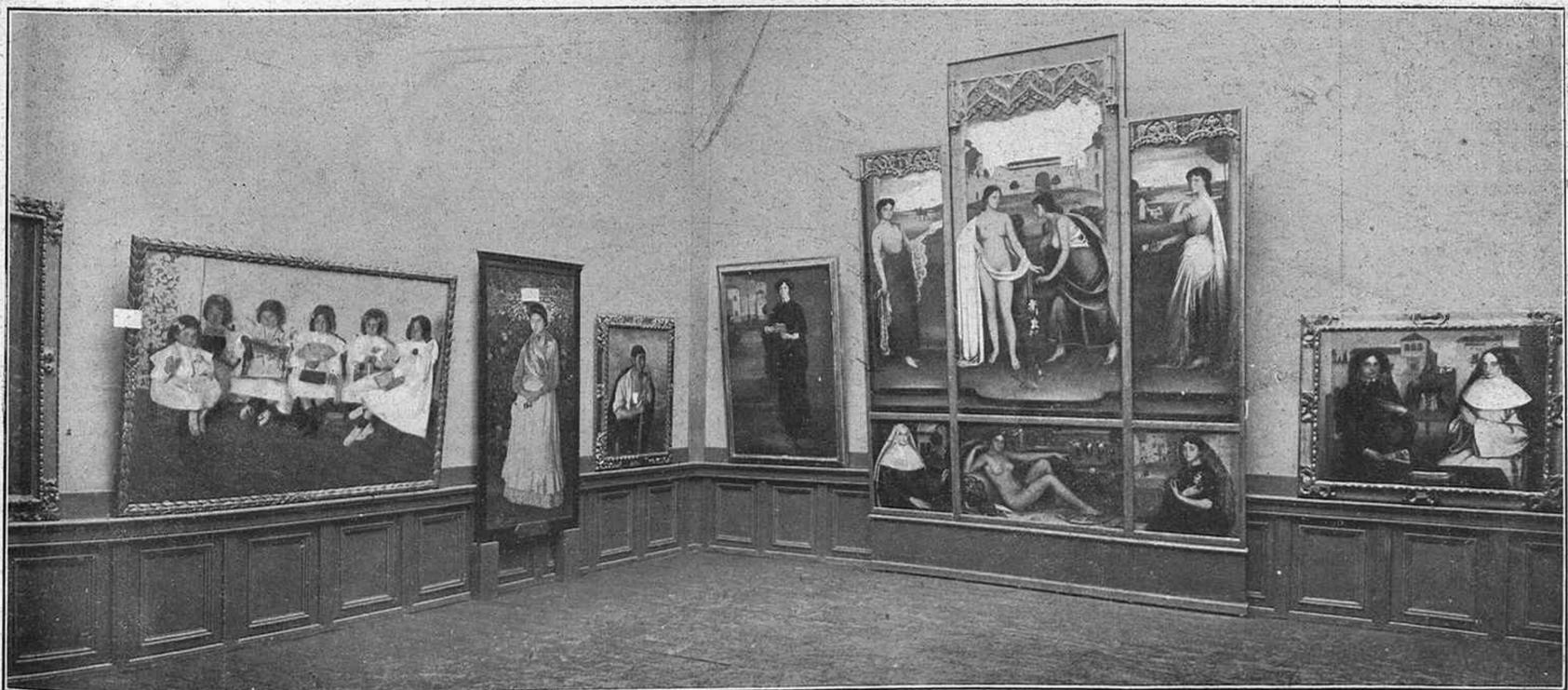
Sala XV. Bélgica.—Hállanse en esta sala cuadros de Thomas, Cowntens, Oproyer, Claus, Basseleer, Mertens, Diercks y Caséres y esculturas de Rousseau y Lagae



Sala XI. España.—Exhíbense en esta sala obras de Manuel Benedito, Aureliano Beruete, A. de Doménech y Broggio



Sala XIX. Países Bajos.—Hállanse en ella expuestos cuadros de Schwartz, Maarel, Havermann, Berg y Robertson y esculturas de Vaillaut, Ch. Van Wrijk y Scheve



Sala VII. España.—Figuran en ella cuadros de Romero de Torres, Bermejo, Nieto y Hermoso

LONDRES.—INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE LA REINA VICTORIA



Solemne inauguración del monumento efectuada el día 16 del actual. (De fotografía de L. N. A. Photo.)

Inmediatamente después de elevado al trono, Eduardo VII instituyó un comité compuesto de ilustres personalidades para que estudiase la mejor manera de honrar la memoria de su madre, la reina Victoria de Inglaterra. El comité, en un mitin celebrado en marzo de 1901 en Marison House, anunció que había decidido erigir un monumento enfrente del palacio de Búckingham y abrir una grandiosa avenida desde el mismo hasta Cháring Cross, resolución que había aprobado S. M.

Abrióse entonces una subscripción nacional que encabezaron el rey y la Corporación de la ciudad de Londres, y se nombró un comité ejecutivo que encargó el proyecto de monumento al famoso escultor Tomás Brock y celebró un concurso entre determinados artistas para el de la avenida, habiendo sido aceptados en 1902 el boceto de Brock y el dibujo para la avenida de Aston Webb.

El monumento, que se inauguró el día 16 de este mes, se alza sobre una plataforma circular de unos treinta y dos metros de diámetro, á la que se sube por una escalinata y que está adornada con varios atributos y grupos escultóricos de bronce que representan el Poder naval y militar de Inglaterra, la Ciencia, el Arte, la Paz, el Progreso, la Agricultura y la Industria. El cuerpo central, que es principalmente de mármol de Carrara y que tiene una altura de veinticinco metros, ostenta en su frente la

estatua colosal de la reina Victoria, sentada en el trono, envuelta en el manto real y llevando en una mano el globo y en otra el cetro; en las otras tres caras hay sendos grupos en los

esta las del Valor y de la Constancia, las tres de bronce dorado. Para asistir á la inauguración del monumento llegaron el día antes á Londres los emperadores de Alemania, á quienes recibieron en la estación el rey Jorge V y la reina María. El pueblo londinense tributó á los soberanos alemanes una acogida entusiasta no habiendo cesado de aclamarlos en todo el trayecto hasta el palacio de Búckingham.

La ceremonia inaugural que, como hemos dicho, se efectuó el martes último revistió una grandiosidad extraordinaria y toda la pompa y magnificencia que realzan los actos de la fastuosa corte de Inglaterra. Una multitud inmensa llenaba todas las avenidas que conducen al palacio de Búckingham y el espacio reservado á los elementos oficiales ofrecía un conjunto brillantísimo.

El vizconde Esher, presidente del comité de la inauguración, hizo entrega del monumento, y el rey Jorge pronunció un discurso en el que dedicó un sentido recuerdo á su padre, explicó la significación especial que da al monumento la participación que en él han tomado las colonias y posesiones inglesas, se congratuló de la presencia de los emperadores de Alemania, expresó el deseo de que el monumento proclamase en el porvenir las glorias de la reina Victoria y atestigüe á las generaciones futuras el afecto y el respeto que le profesó el pueblo, y tributó un homenaje á la soberana por tantos conceptos ilustre-



Londres.—Llegada del emperador de Alemania para asistir á la inauguración Guillermo II, Jorge V y el príncipe de Gales dirigiéndose al palacio de Búckingham. (De fotografía de C. Trampus.)

que están simbolizadas la Lealtad, la Justicia y la Maternidad. Corona el monumento la estatua de la Victoria y á los pies de

nes futuras el afecto y el respeto que le profesó el pueblo, y tributó un homenaje á la soberana por tantos conceptos ilustre-

JUSTICIA HUMANA (LE GLAIVE ET LE BANDEAU)

NOVELA ORIGINAL DE EDUARDO ROD.—ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

—¡Oh, no lo crea usted!.. ¡La declaración de mi marido no tendrá...! no puede tener la importancia que le atribuyen!

—¡Motivo de casación!, dijo riendo. ¡Ah, si se casaran todos los veredictos!.. En el colmo de la familiaridad, trataba como ami-

la noche para llevar la contabilidad. Ninguno de ellos se daba cuenta del gasto de inteligencia, de actividad y de energía que representaba aquella sucesión de



Reanudada la audiencia, el Sr. Motiers de Fraisse continuó su interrogatorio...

Pablo se inclinó hacia su hermana y le repitió, al oído, aquellas palabras de esperanza, mientras Proz se apresuraba á divulgarlas de banco en banco, y la gente las comentaba en todos sentidos:

—¡Toma!, ¡toma!, ¿no están acordes? ¿Qué significa?..

El público de las lunetas charlaba, comía y bebía produciendo un confuso ruido. El calor era sofocante en aquella estufa en que el aire no penetraba. Congestionábanse los rostros cubiertos de sudor; entreabríanse las tirillas de camisa, poniendo al descubierto cuellos encarnados y sudorosos; una comadre se desabrochó el cuerpo del vestido y otra se mojaba las sienes con agua de Colonia. Unos decían chuscadas, otros reían, quién se secaba el sudor, quién se abanicaba con el pañuelo ó con un periódico; el sonido de las botellas chocando con los vasos acompañaba de las frases picantes, verdes ó pintorescas.

—¿Eh?, ¿ese presidente!.. ¡qué hombre!.. ¡Cómo le trastea!..

—¡Diríase que vió todo cuanto hizo el otro!

—¡Y se lo mete por debajo de las narices!

—Todo eso no prueba gran cosa respecto á la cuestión.

—Prueba en todo caso que ese Lermantes no vale gran cosa.

—Sin contar con que no estamos más que al principio. ¡Esperemos!

Los jurados se desentumecían las piernas paseándose en su sala de deliberaciones. Condemine, que se vanagloriaba de conocerla, les enseñaba los detalles de la misma: la urna de bronce, colocada sobre la chimenea desmantelada; los boletines blancos esparcidos sobre la mesa, el cartel que contiene el artículo 342 del Código de instrucción criminal. Como estaba tirado sobre la chimenea, al lado de la urna, él hizo observar que debía estar pegado en un sitio visible, y que sus caracteres eran minúsculos:

go al mozo de la sala; le hablaba en voz baja, le daba cigarros envueltos en papel de estaño, de que había llenado su petaca, y ofrecía también á todo el mundo. Quiso pedir bocks. Pero varios jurados habían encargado ya varias bebidas. Durnant quería café; Glary y Mouchebise se partieron un litro de peleón comiendo sándwiches: Klosterli se abstenía de tomar alcohol. Todos evitaban hablar de los debates, por temor de infringir la ley manifestando su opinión; sin embargo, algunos soltaron prendas só color de lanzar observaciones generales:

—¡Los hay que ganan el dinero sin gran trabajo!, exclamó Klosterli.

A lo cual contestó Mijoux:

—¡Son los que más fácilmente lo gastan!

Condemine, muy impresionado por las facturas comunicadas por el presidente, había apuntado las cantidades en su librito de memorias; y las leía y releía con insistencia. Tuvo que explicar á Mijoux qué cosa era una «combinación», y ello pareció divertir mucho al hombrecito. Conthey no hubiera creído nunca que la ropa blanca costase tan cara; Souzier había encontrado muy interesante «la fiesta siglo XVIII.»

—Se leen esas cosas en los periódicos, dijo, pero no hace un caso. Mientras que aquí, hacen comprender lo que es la gran vida.

—¡Valiente cosa!, exclamó despreciativamente Mijoux.

Mortara le asombró alegando que si Lermantes era hombre aficionado á los placeres, había trabajado mucho.

—¡Trabajado!, exclamó Klosterli, ¿en qué?

Para él, el verdadero trabajo consistía en pasarse doce horas con la lente en la frente delante de la mesa ó banco de su obrador; para Mouchebise y Glary, consistía en cavar, segar, bajo la lluvia y el sol; para Conthey, trabajar era enmohecerse en una tienda vendiendo lápices y papel, y velando la mitad de

empresas cuyo mecanismo ignoraban. El doctor Buthier trató de explicárselo á Klosterli, mientras Durnant refería al coronel que había hecho una fructuosa operación tomando acciones del Puerto de Bondimarca. Habiendo transcurrido el cuarto de hora, Conthey se inquietó, á causa del tren de las seis y veinticinco que hubiera querido tomar; como Condemine parecía al corriente de todo, le interrogó sobre la duración probable de la audiencia. El farmacéutico se lo preguntó al mozo, quien había oído decir á un escribano que el presidente pensaba interrogar todavía á los primeros testigos, y asustó á su colega hablándole de las sesiones nocturnas:

—La primera vez que fui jurado, tuve una que duró hasta las diez de la noche; y, sin embargo, no se trataba más que de una falsificación.

... Durante aquella tregua en que permanecía como suspendido en su caída, Lermantes contemplaba el panorama de su vida, que acababa de deslizarse ante sus ojos y ante los de sus hijos, de sus jueces, de antiguos amigos, de desconocidos y de curiosos. En la realidad verdadera, no tenía ciertamente aquellas sombras duras, aquellos tonos violentos: había pasado, demasiado rápida, furtiva y ligera para que él pesara sus instantes; pero, más rápido todavía, aquel bosquejo incompleto omitía partes muy amplias, las mejores, ignoraba las horas que lo hubieran mostrado bueno, abnegado, leal, desinteresado y generoso: horas que pasan sin dejar más huellas que un agua pura, mientras que las otras depositan, al evaporarse, el limo que contienen. Y ahora eran éstas, solamente éstas las que atestiguaban contra él, siendo así que en ellas se había manifestado muy poco tal como realmente era. Las otras le abandonaban, y no las evocaba nadie; ni siquiera existían ya en su memoria; habían existido siquiera?.. Mientras tanto, allá, en la sala cuyos rumores llegaban hasta el estrecho local

en que él esperaba con sus gendarmes, los que acaban de oír le juzgaban, y mañana iban á juzgarle otros; los lectores de todos los periódicos del mundo, millares de desconocidos cuya atención se fijaría un instante en las crónicas judiciales, y los trabajadores, los ingenieros, los marinos, los tenedores de libros, los mozos, los capataces, todo el personal de sus múltiples empresas, aquel pueblo laborioso que él gobernaba de lejos, sin dejarse ver, como un dios; y, allí, cerca, sus amadísimos hijos, que hasta entonces nunca habían dudado de él; su cuñado que le despreciaba después de haberle tenido envidia y odio; su cuñada y su sobrina tan esclavas de las conveniencias, tan singulares en todo. Él sabía todo esto, y se juzgaba también y ya no trataba de defenderse, ni contra nadie ni contra sí mismo. Después de lo que acababa de oír, su catástrofe le parecía una forma indirecta de la justicia. Nunca había tenido la menor intención homicida y, sin embargo, la Némesis encarnizada contra él no hería á un inocente; él expiaba, no el crimen involuntario, sino las flaquezas, las faltas, los baldones de su miserable vida; pagaba monstruosamente caro lo que á otros cuesta tan poco; era una de esas víctimas que el destino elige para compensar sus olvidos y sus indulgencias; y se inclinaba, con sombría resignación, ante aquel fallo de la diosa cuyas serpientes ahogan ó muerden á los que ella les señala con el dedo entre los culpables impunes, innumerables y solidarios.

VII

Reanudada la audiencia, el Sr. Motiers de Fraisse continuó su interrogatorio:

—El verano último, pasó usted tres días en casa del general, en la Saboya. Díganos en qué fecha.

—Del cinco al ocho de julio.

—Fue usted á verlo con el pretexto de una cura en Aix. Y esa cura, usted no la hizo. ¿Puede explicarnos por qué razón?

—No necesitaba ningún pretexto para ir á casa del general: cada año, pasaba yo con él unos cuantos días en la Combette. El año último, pensaba hacer, después de mi visita, una cura en Aix, donde ya había retenido habitación, porque había padecido de reuma. Un aumento de trabajo me obligó á renunciar á ello y regresé directamente á París.

—¿Qué pasó entre usted y el general, durante aquellos tres días?

—Nada de particular.

—¿No tuvo usted con su huésped alguna conversación de las más graves?

—No, señor presidente.

—Sin embargo el testamento del general lleva la fecha del 18 de julio; fué, pues, escrito diez días después de la visita de usted. ¿El general no le dijo á usted nada de sus intenciones acerca de esto, mientras estuvo usted en su casa?

—Ni una palabra.

—¿No hablaron ustedes de testamento?

—No, señor.

—¿El general tenía en aquel momento otras visitas?

—La primera noche, tuvo á comer algunas personas que venían de Aix.

—Fueron interrogadas en la instrucción, y nada aportaron que pudiese ayudar á descubrir la verdad. El resto del tiempo, ¿qué hicieron ustedes?

—Hablamos, montamos á caballo, jugamos al billar. Nos paseamos por el parque.

—¿De qué hablaron ustedes?

—Un poco de todo: de política, de los negocios, de nuestros amigos comunes, como se habla entre personas que se alegran siempre de verse, aunque no tengan nada de particular que decirse.

—¿Habló usted al general de sus dificultades pecuniarias?

—No por cierto. Estaba yo seguro de ir honrosamente adelante por mis propias fuerzas. Ni siquiera se me ocurrió que pudiese tener necesidad de su concurso.

—Entonces, ¿cómo explica usted que, diez días después de su visita, el general tuviese la idea de legar á usted todos sus bienes, á usted, que no es pariente suyo, en perjuicio de sus sobrinos, sin razón alguna para desheredarlos?

—No me lo explico; ni cómo he de poderlo explicar, si el general nunca me habló de sus intenciones? Aun hoy ignoro los motivos que le decidieron. No veo otros sino el afecto que me manifestó siempre.

—¿En la Combette, el general le pareció á usted debilitado, enfermo?

—Estaba muy bien de salud.

—Sin embargo, un médico, el doctor Finge, á quien oiremos luego, nos dice que el general lo mandó llamar al día siguiente de su llegada á la Combette, el 16 de junio. Se quejaba de vahidos.

—No me dijo nada de eso, y no tuvo ninguno durante mi estancia en su casa.

—¿Pensaba en la enfermedad, en la muerte?

—No sé si pensaba, pero no hablaba de tal cosa. Al contrario, formaba proyectos á larga fecha: quería reparar un ala de su casa. Me dijo que regresaría á París el 1.º de septiembre, que no pasaría allí más que tres ó cuatro días y que iría luego á terminar el mes en Vichy. Me acompañó hasta la estación de Chambéry, donde me metió en el tren recordándome que contaba conmigo, como siempre, para su apertura de caza.

—¿En el intervalo, no le escribió á usted nada?

—Un simple billete para avisarme que llegaba el 31 de agosto por la mañana, y pasaría por mi casa á la tarde. El general escribía poco.

—¿Por consiguiente usted le volvió á ver el 31 de agosto?

—Vino á eso de las cinco. Había almorzado en un casino, con amigos. Quise retenerlo á comer, pero prefirió marcharse inmediatamente á San Germán para acostarse temprano, porque le había fatigado el viaje.

—¿Estuvo mucho tiempo en casa de usted, aquel día?

—Minutos nada más.

—¿No dijeron ustedes nada de importante?., ¿como en la Combette?

—Nada, señor presidente.

—¿Y al siguiente día?

—A la mañana siguiente, llegué á San Germán al mismo tiempo que los demás cazadores. No habiéndolos encontrado á la partida, yo había viajado solo en mi cupé. El general nos esperaba, muy alegre y muy dispuesto. Nos dijo que se había levantado al amanecer, que toda su vida había tenido esa costumbre y que con ella le iba muy bien. Luego los carruajes nos condujeron al bosque.

—Entonces, cuente usted lo que pasó.

La relación de los preliminares de la cacería concordaba con la del acta de acusación, salvo acerca de los puntos en que el Sr. de Entraque contradecía á Lermantes.

—¿Fue el general quien quiso cazar al rodeo?, preguntó el Sr. Motiers de Fraisse. ¿Fue él?

—Fue él. Ponía cierta coquetería en mostrar su resistencia y su vigor. Se complacía en decir que tenía mejores músculos que muchos jóvenes.

—Siendo amigo íntimo de él, hubiera usted podido hacerle comprender que ese papel suele reservarse á cazadores más jóvenes. ¿Por qué no lo hizo usted?

—¡Oh, señor presidente, yo no me hubiera atrevido á recordar al general su edad avanzada! Lo que más le disgustaba era que le trataran como á viejo. Además, era autoritario y no admitía que discutieran sus decisiones.

Las respuestas brotaban con prontitud, con facilidad, sin afectación ni estudio. Lermantes se expresaba con un desembarazo perfecto, como si, confiado en su inocencia, no le preocupasen los incidentes ni las coincidencias que podían interpretarse contra él. Su voz tenía el acento de la verdad; hablaba como hombre que cuenta con ella, y se desembarazaba sin esfuerzos de las mallas del interrogatorio. Entablóse una discusión bastante viva sobre la distribución de sitios: ¿era en virtud de su propia sugestión como Lermantes había sido colocado al extremo de la línea de cazadores, desde cuyo punto podía observar la calle de árboles por donde el general subía? ¿O era, por el contrario, como él afirmaba, el general quien le había designado aquel puesto? Subsistía la duda.

—Oiremos á los testigos sobre este particular, dijo en conclusión el presidente. Hay un punto acerca del cual no estáis de acuerdo con ellos: el Sr. de Entraque sostiene que le vió á usted cambiar la carga del cañón izquierdo de su escopeta un momento después de la distribución de puestos; usted sostiene que no lo hizo hasta que oyó llamar á los perros para lanzarlos á la caza.

—Lo sostengo porque es la verdad. Además, si yo lo hubiese hecho antes, ¿qué probaría? Mi segundo cartucho está á menudo cargado con balas. A veces me divierto tirando con bala á simples conejos. ¡Coquetería de cazador!

El Sr. Motiers de Fraisse se pasó la mano por la barba, meneó la cabeza y dijo con ironía:

—¡Hay mucha coquetería en todo eso!.. El general caza al rodeo, á pesar de sus setenta y cinco años; ¡coquetería de viejo! Usted se sirve de balas en vez de perdigones: ¡coquetería de cazador!..

Dichas en el tono que sabía adoptar el Sr. Motiers de Fraisse, semejantes observaciones bastan á veces para hacer que actos insignificantes ó involuntarios parezcan sospechosos. El público estaba dispuesto á mezclar la sonrisa con sus demás emociones, y pare-

ció divertirse. Lermantes, turbado, no supo qué contestar: ¿acaso la verdad no se impondría por su propia fuerza? ¿bastaría acaso un hábil juego de palabras para comprometerlo?..

—En fin, repuso el presidente, ya se halla usted sobre el terreno. Se ha colocado en su sitio, escogido ó no por usted, los ojeadores desempeñan su oficio, la res se precipita, ya está á tiro... ¡Díganos usted lo demás!

Varias veces, Lermantes había hecho aquel trágico relato en la instrucción; se lo había repetido á sí mismo, infatigablemente, en su calabozo, abundando en su memoria para recordar los detalles precisos, la exacta sucesión de incidentes que no había adquirido hasta después de la catástrofe su terrible importancia. Había evocado el aspecto del cielo en que se acumulaban las nubes, el de los lugares que tan bien conocía, las caras de sus compañeros, las de los guardas, todo lo que podía ayudar á reconstituir aquel instante en que su destino había cambiado. De esta manera había recordado poco á poco hasta la voz de los ojeadores, hasta el olor del bosque húmedo, hasta el sabor otoñal del aire algo vivo. Sin embargo, ahora su memoria vacilaba, lo olvidaba todo; y las palabras se detenían en su garganta. Se pasó la mano por la frente sudorosa y vacía, y permaneció mudo.

—¡Vamos!, dijo el presidente.

El acusado dirigió en torno suyo una mirada de angustia, una de esas miradas que van, más allá del radio de las cosas visibles, á través del espacio, invocando el único ojo misterioso, si existe, que conoce los misterios en que no han penetrado los ojos de los hombres; pero aquella mirada no encontró más que los rostros impenetrables de los jurados, la toga encarnada del fiscal inclinado sobre su pupitre, la severa figura del presidente apoyado de codos en una actitud de espera. Por fin empezó, con voz débil, que se afirmó, sin embargo, poco á poco:

—Yo había tirado ya á algunos faisanes, cuando los ojeadores anunciaron la manada de ciervos. Al mismo tiempo, oía crujir las ramas que las reses rompían huyendo. Entonces fué cuando cambié la carga de mi segundo tiro, para estar preparado. Al ruido, creí comprender que la manada se dirigía hacia la derecha de la línea de los cazadores y, maquinalmente, me volví hacia aquel lado. El ruido se alejó. En el momento en que me parecía extraño que nadie tirase, sonó un tiro. Luego oí el ruido del ciervo que volvía hacia mi lado. Todo esto pasó naturalmente con mucha rapidez. Yo creía que el general se encontraba en la calle de árboles; no se me ocurrió, ni un instante, la idea de que se internaba en el bosque. Era de su parte una imprudencia evidente: todo cazador experimentado reconocerá que era imposible preverlo...

Pensó de pronto que los jueces, no siendo cazadores, no le comprenderían, y se volvió hacia ellos explicando:

—Aun sin ser cazador, se comprenderá el peligro: el general entró en la línea de tiro, entre los ojeadores y nuestras escopetas...

En aquel momento, su mirada se encontró con la de Durnant y creyó distinguir en ella una aprobación. Continuó mirándole como si ya no se dirigiese más que á él:

—El ciervo se acercaba. Yo le oía. Le vi surgir en el claro, casi delante de mí, y tiré en seguida. Saltó en la dirección de la calle de árboles, y yo disparé el segundo tiro. Creo haberle herido, pero desapareció. Si el general gritó, yo no lo oí...

Su voz se alteró, su rostro adquirió una expresión de angustia penetrante; hizo algunos gestos nerviosos y casi convulsivos:

—... Con un horror indecible, le vi salir de la espesura..., titubeando..., y caer como una masa inerte..., con los brazos delante... En seguida lo comprendí todo... Arrojé mi escopeta y corrí hacia él... No recuerdo si grité... No sé lo que pasó entonces... No sé quién se encontraba á su lado..., quién procuraba socorrerle..., si era Entraque ú otro... No daba ya señales de vida... Yo me repetía: «¡Muerto!.. ¡está muerto!.. ¡y he sido yo!..»

Al principio de su relato, Lermantes hablaba de cosas remotas, que ya no veía á fuerza de haberlas repasado. A medida que su palabra las precisaba, recobraron su terrible realidad. Oía silbar su bala; el cadáver del general estaba allí, delante de él, tendido sobre la hojarasca; varias personas corrían y gritaban en torno de ellos...

El Sr. Motiers de Fraisse había escuchado, con la barba apoyada en la palma de la mano, buscando la verdad más allá de las palabras, del tono, del acento de todo lo que puede mentir. Los jurados fijaban su atención, con la frente fruncida, los labios prietos, enervados por el esfuerzo de su espíritu.

Terminado el relato, Rutor sacudió con un gesto de mal humor su ancha manga encarnada, para tomar una nota. Estaba descontento: el acusado no había variado nunca, y los que mienten, ya se sabe, se contradicen casi siempre...

En el corto silencio que siguió, Chaussy murmuró: —¡Se sabe muy bien la lección de memoria!.

Quizá expresaba el sentimiento común: el mutismo momentáneo de Lermantes que precedió á su explicación, sus vacilaciones al principio de ella, su voz, que con tanta dificultad se afirmó, habían impresionado mal al público; había parecido hacer acopio de audacia. Y luego, después de haber vacilado tanto, se había mostrado demasiado seguro de su memoria; se hubiera preferido que buscara sus palabras, sus recuerdos...

—Esa es la versión de usted, dijo al fin el presidente; veremos hasta qué punto los testigos la confirman. ¿De modo que usted sostiene que el general no cayó en el sitio mismo en que había recibido la bala, es decir, según usted, en la espesura, sino que dió algunos pasos hacia delante para ir á caer en el claro?

—Estoy seguro de ello: si el general se hubiese encontrado á descubierto en el momento en que yo tiré, se hubiera hallado en el camino mismo del ciervo, que pasó rozando el borde de la espesura.

—Luego oiremos sostener á un testigo que vió al general en el claro, antes de oír el tiro de usted. Se explicará usted con él. Según usted, ¿á cuántos pasos se encontraba de aquel borde el general cuando recibió el balazo?

—¿Cómo le va de saberlo?... ¡Hubiera sido preciso que yo le viera, y no hubiera tirado!

—Precisemos: ¿el ciervo atravesó el claro antes ó después del primer tiro de usted?

—Tiré tan pronto como lo vi, es decir, en el momento en que apareció en el claro.

—¿Delante de usted?

—Un poco á la izquierda.

—¿Usted dijo que le había oído venir por el lado opuesto?

—Ciertamente, puesto que había recibido el tiro del Sr. Noirmont. Estuvo en el taller hasta cierto punto en que se volvió; presentóse casi en frente de mi escopeta, luego torció á la derecha y desapareció.

—El Sr. de Entraque afirma que apuntó usted dos ó tres segundos.

—El Sr. de Entraque no dice verdad.

—¿Tiró usted al tanteo?

—No señor, puesto que vi la res.

—También sobre este punto se explicará usted con el Sr. de Entraque. Lleguemos á su segundo disparo. El ciervo atravesaba el claro y se presentaba de flanco... ¿No es así?... ¡Bueno!.. Explíquenos pues, ¿cómo un cazador tan hábil como usted, que tira con bala á los conejos, pudo dejar de hacer blanco en una res tan grande, tirando con postas?

—¡Pero si yo no llevaba postas, señor presidente!.. ¡Yo no había participado de la distribución del señor de Erstfeld!.. ¡Yo no llevaba más que perdigones!.. Pude herir al ciervo sin detenerlo en su huída.

—Es posible... A menos de estar usted turbado..., desconcertado por lo que acababa de hacer...

—¿Por lo que acababa de hacer?... ¿Podía yo sospecharlo?... Creía simplemente haber errado la res... Creía haber errado el tiro, y nada más.

—¡Pues no lo había errado!

El auditorio se impresionó; siempre le impresionan esas frases que de nuevo llaman bruscamente sobre el hecho su atención algo dispersa. La claridad de las afirmaciones de Lermantes ya no bastaba para imponer la verosimilitud de las mismas; tenía demasiadas respuestas para todo; se podía sospechar que había previsto todas las preguntas y madurado sus explicaciones con un exceso de habilidad. Sin embargo, ¡qué de cosas seguían siendo incomprensibles!

—Si hubiese usted herido al ciervo, se hubiera encontrado algún rastro de sangre.

—La tormenta estalló casi en seguida con extrema violencia; la lluvia fué torrencial...

El Sr. Rutor, casi involuntariamente, murmuró:

—Muy á propósito...

Brevine, que no dejaba pasar ningún ataque de la acusación, replicó:

—¿Pretende usted que mi cliente disponía de los elementos, señor fiscal?

—¡Sr. Brevine!..

El Sr. Motiers de Fraisse se apresuró á poner fin al incidente preguntando á Lermantes:

—Díganos usted ahora qué es lo que hizo después de la caída del general.

—No lo sé... Yo estaba como loco... Perdí la conciencia de lo que pasaba... Todo el mundo acudió al muerto... Y yo hice lo mismo... Los carruajes fueron

en busca de auxilio... Vinieron los médicos..., la policía... Me interrogaron.

Los labios de Lermantes empezaron á temblar, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir los sollozos que le ahogaban. Luego se dominó, y, volviéndose hacia el jurado, pronunció en voz fuerte aunque algo temblorosa:

—Señores, siempre he pasado por un hombre enérgico... Dos veces me encontré en catástrofes en que varios de mis compañeros encontraron la muerte, en que sentí su aliento en mis cabellos; sin embargo, ni un instante perdí mi sangre fría... Pero cuando vi inerte, muerto por mí, aquel hombre que me había colmado de beneficios..., que estaba mezclado con mis mejores recuerdos..., que yo quería como á un padre... ¡Ah, señores, yo no medía aún la extensión de mi desgracia, pero comprendí lo que es la desesperación!..

Hubo de nuevo un murmullo de simpatía; cuando Lermantes descubría su corazón, volvía á ganar el terreno perdido en el debate.

—¡Muy bien dicho!, murmuró con risa burlona Chaussy.

El interrogatorio había sido tal, que ni Rutor ni Brevine hicieron ninguna pregunta.

VIII

El Sr. Motiers de Fraisse no abandonaba nada al azar. Tenía su plan preconcebido hasta en los menores detalles. Lo establecía sobre un minucioso estudio de la causa, como un artista que conoce la importancia de la composición, dispone las partes, prepara los efectos y calcula las proporciones. Sinceramente deseoso de ser imparcial, procuraba poner de relieve las circunstancias favorables al acusado, haciendo hincapié en ellas con una insistencia casi exagerada. Interrogaba con cortesía y benevolencia; sus leales preguntas no ocultaban lazos secretos. Pero era maestro en disponer la marcha del proceso de tal manera que cada audiencia terminase con un golpe de efecto favorable á la acusación. Esta táctica, que los abogados conocían muy bien, era el único signo que revelaba su sentimiento personal. Si se le hacía observar que perjudicaba á la defensa, no dejaba de contestar que otra contraria la hubiera favorecido, y que ya son sobradas las ventajas que tiene. Contando con tres audiencias, se proponía terminar la primera con la declaración del Sr. de Entraque, que causaría, sin duda, una fuerte impresión, y continuar la segunda hasta el pedimento fiscal: los jurados tendrían, pues, una noche para meditar sobre el testimonio más abrumador, y otra, para impregnarse el espíritu con los argumentos de Rutor, mientras que Brevine tropezaría con convicciones ya formadas, que sus argumentos no podrían destruir.

Algo de imprevisto debía desbaratar este programa.

Cuando Lermantes se hubo sentado, presentáronse á la barra algunos testigos de forma, que habían pedido el permiso de retirarse después de su declaración. En primer lugar, un médico, el doctor Amador, hombrecito calvo y rechoncho, nervioso y perplejo, que se embrollaba, por escrúpulos, en sus explicaciones. Había levantado el cadáver; la posición de éste, caído de bruces, con los brazos hacia delante, no excluía la hipótesis de que el general hubiese dado algunos pasos después de haber recibido la bala; sin embargo, el testigo se hubiera guardado muy bien de afirmarlo. Se había aprendido de memoria su declaración, por temor de olvidar algo, y la recitó prontamente. Pero perdió la cabeza cuando el Sr. Rutor le interrogó:

—Usted llegó, á poca diferencia, media hora después de la catástrofe. Usted vió al acusado; ¿parecía trastornado, fuera de sí?... ¿Qué impresión le hizo á usted?

El doctor empezó á girar sus salientes ojos redondos con un azoramiento casi cómico:

—¿Qué impresión?... ¡qué impresión!.. ¡Yo no sé!.. ¡Ninguna impresión!..

El público se rió un poco, más bien de su mímica que de sus palabras. Entonces él, medio volviéndose hacia la sala, colorado, tieso, dijo con cólera:

—Harto trabajo me cuesta saber lo que pasa en los cuerpos, para meterme á leer en las almas... ¡A mí no hay que preguntarme eso!.. ¡No, á fe mía, yo no tuve ninguna impresión!..

Muchos aprobaron; los testigos no deberían contestar nunca más que sobre hechos. Aurora Winckelmatten dijo por lo bajo á su vecino:

—¡He aquí un médico que me gustaría!

Lo que le valió esta contestación:

—¿Tiene usted pues mucho que ocultar?..

Los doctores Vully y Montbrun, que le sucedieron, habían hecho la autopsia. Uno tras otro describieron el trayecto de la bala, sin ponerse de acuerdo sobre

sus efectos. El primero declaró que el general «debió caer como una masa»; su acento afirmativo, sus términos técnicos, sus descripciones del trastorno del organismo, causaron cierta emoción. Pero el segundo citó ejemplos extraordinarios de heridos que continuaron el movimiento empezado.

—¡San Dionisio llevando su cabeza en las manos!, murmuró Chaussy.

Se los hizo trabar de palabras. Cada uno se obstinaba en su opinión, acalorándose, y durante un momento, aquella disputa, propia de una escena de Molière, hizo olvidar la tragedia.

Y hubo escenas parecidas entre los peritos y los tenedores de libros. Sin que nadie comprendiese gran cosa, desfilaron series de cifras, con diferencias formidables en las evaluaciones. Lermantes intervenía para refutarlas, hablando con calor, claridad y precisión tales, que desconcertaban á sus contradictores sin hacerlos volver de su error. Para ellos las cifras eran signos inorgánicos, abstractos, ciertos, inalterables; para él, eran cuerpos maleables, elásticos, vivos, que se estiraban, se alargaban y se abultaban en sus manos. Por momentos, se podía creer que su lógica fogosa abatía á aquellos desmenuzadores minuciosos. Pero no daban el brazo á torcer; el inextricable enredo de cifras era entonces como una red apretada, de la cual rompía inútilmente algunas en su resistencia. Y era un espectáculo emocionante el de aquellos hombrecillos rapados, cuyas adiciones maniataban al audaz gigante. En vano clamaba él su fe en el triunfo final; los otros no le creían: ¿no es así como hablan los que hacen bancarrota, los especuladores cuyos andamiajes se derrumban sobre ruinas, los notarios que mangonean en las carteras de sus clientes, los capitalistas sospechosos, cuyas artimañas interrumpe la policía? Nadie podía seguir la discusión; se comprendía solamente que la herencia del general hubiera afianzado en su silla á aquel osado jinete casi derribado.

Aquel intermedio de aritmética pareció fastidioso. Se vió desfilir luego á un armero que manejó la escopeta colocada sobre la mesa de los cuerpos del delito; el comisario de policía que había incoado el expediente; los dos inspectores de la Seguridad que refirieron la prisión de Lermantes. Estos últimos lómudos y fuertes, el uno anguloso y huesudo y el otro más metido en carnes, con ojos pequeños, penetrantes y astutos, se instalaron ante el tribunal cruzándose de piernas, vueltos hacia el jurado, y declararon escuchándose. Lermantes los había seguido sin decir una palabra, ni despegar los labios durante todo el trayecto. Sin embargo, al revés del doctor Amador, no dejaban de tener sus «impresiones»: la impresión de que él esperaba su visita; la impresión de que acababa de destruir papeles, aunque no había ya cenizas en la chimenea; la impresión de que tenía la conciencia agitada y no hacía un gesto ni decía una palabra que no fuesen calculados para su defensa. Y detallaron estas impresiones en el tono de convicción de personas que leen como en un libro abierto en las almas. Brevine protestó: aquellos testigos no aportaban ningún hecho, nada de directo, nada de preciso, ni siquiera nada que afectase á la causa. Y, sin embargo, hablaban de ella, acantonados en la terrible ficción de su infalibilidad personal: ¿no eran inspectores de la Seguridad? Llevado de la discusión, el segundo acabó por declarar que había en el cuarto en que entró, «un fuerte olor de papeles quemados.»

—¡No dijo usted nada de eso hasta ahora!, exclamó Brevine.

—Porque nadie contestaba mi afirmación, replicó él.

Lermantes, cruzado de brazos, casi sonreía: él sabía muy bien que no había quemado papeles en aquel momento; y aquel nuevo cargo, que sus jueces discutían gravemente, sonaba para él, en la hora trágica, como nota falsa y ridícula.

—¡Qué olfato!, exclamó.

Y añadió imprudentemente:

—Hacia cinco días que yo había destruido todo lo que quería destruir.

—¿Había usted, pues, destruido papeles?, preguntó el presidente.

—Sin duda.

—Tomo nota de ello, dijo Rutor.

—¡Oh!, señor fiscal, se trataba de cartas íntimas, que no importaban á nadie más que á mí...

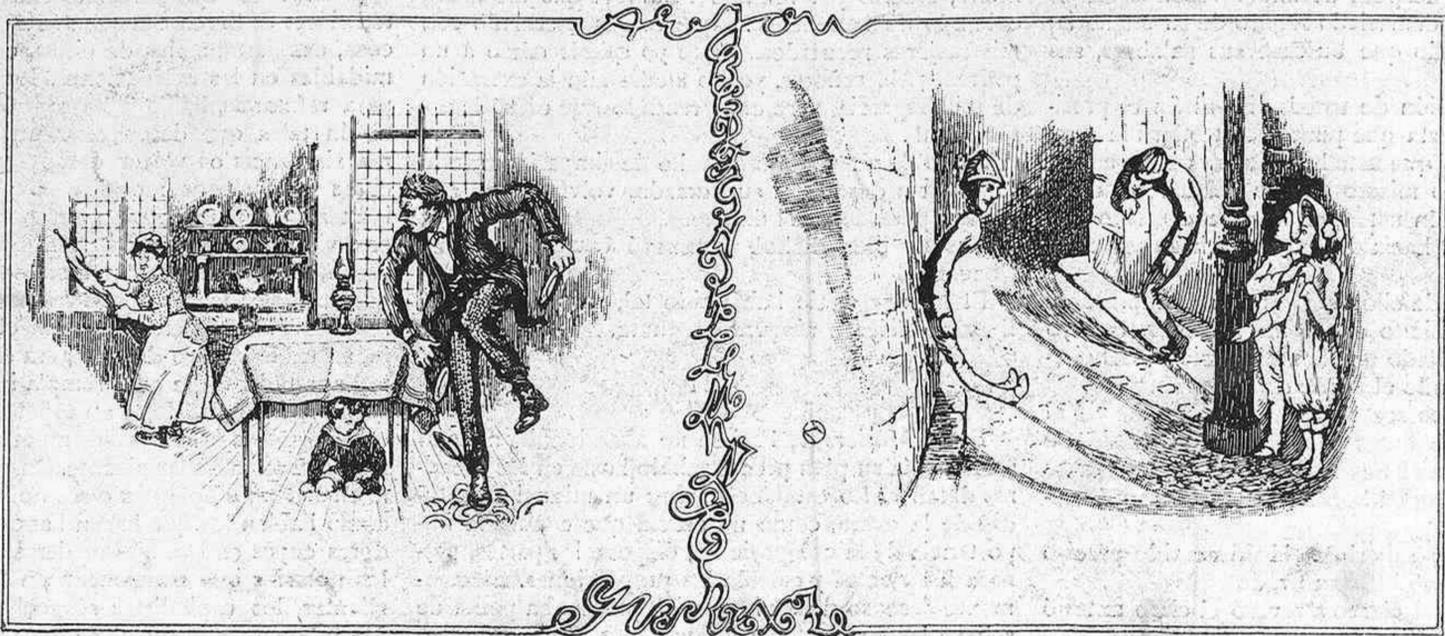
Sin embargo, el incidente se volvía contra él: el inspector se retiró contoneándose, con aire de triunfo...

El alguacil llamó á la señora Donnaz, y fué al encuentro de una vieja toda encorvada. Bajo su gorra de tul negro, se veía su cara llena de arrugas como un pergamino encogido; sus labios se contraían sobre sus encías desdentadas; su barba avanzaba, erizada de pelos blancos.

(Se continuará.)

AVENTURAS Y VIAJES MARAVILLOSOS E INSTRUCTIVOS DE JUANITO Y JUANITA

Novelita para la infancia, Original de Noguerras Oller



—¡Pesadilla si hubiéramos podido dormir!, exclamó Juanita. Yo no pude cerrar los ojos.

—¿Y pues?, pregunto consternadísimo. ¿Había fantasmas en el hotel?

—No fuimoz á pazar la noche en ningún hotel, zino en caza del periodizta.

—¿Pero había fantasmas?, vuelvo á repetir.

—No, zeñor, no. D. Ekiz ze dizgutzó con su zeñora doña Hache y dezpuéz con zu hijo. Gritó toda la noche; quebró docena y media de platoz, y como ez natural, no noz dejó dormir.

—Esto es grave, Juanito... Esto se embrolla... Calcula: ¡yo no conozco al Sr. Ekis!

—¿Ez el periodizta, zeñor! ¡Uzted ze diztrae!

—Te equivocas. Recuerdo muy bien que no me dijiste que supieras su nombre.

—Precizamente por ezo, porque lo ignoro, le llamo Zr. Ekiz. ¿No me dijo uzted que la X zuele zervir en eztóz cazoz?

—Tienes razón, Juanito. Pero vamos á ver, ¿por qué se disgustó tanto el Sr. X? ¿Os sirvió su mujer una mala cena?

—¡Un vaso de agua zin azucarilloz, y á dormir!.. ¡Ze paza mucha hambre en caza del zeñor periodizta, muchá! ¡Por ezo dizputaron!

—Su zeñora mujer, doña Hache, se apresura á decir Juanita para resarcirse de las mil interrupciones de su hermano, doña H nos recibió muy huraña, como si fuese ella sola el dueño del hogar.

—¿Cómo no ser huraña y tenerse por muy dueña del hogar llamándose Hache?, exclamo sonriendo.

—¡Ah, pero ez muy hipócrita!

—Sí, hijo mío; también se porta tal cual en eso de hipocresía.

—Figúrese: nos dijo que tenía en mucha honra hospedarnos, pero yo comprendí que, á poder, hubiese rehusado tal honor.

—¡Apuezto doz contra zeiz que ez muy falza la tal zeñora!

—No seré yo quien acepte en contra, Juanito, pues la falsedad es lo que más caracteriza á doña Hache. Tantísimos embrollos ha puesto en el vecindario, que hoy solamente son cinco las personas que toleran se les ponga delante.

—¿Zólo cinco? ¿Cuález zon?

—A, E, I, O y U. ¡Y eso que sus antepasados gozaron de grandes prerrogativas! La historia gramatical nos habla del importantísimo papel que desempeñó antiguamente. Hasta las consonantes, cuya familia siempre se ha mostrado rehacia á sus influjos, tuvo en otro tiempo uno de sus individuos que se asoció con ella para aumentar su gloria y su poder. Este ciudadano, antecesor de P, formó con H la linajuda estirpe de Ph, la cual, conquistando todo el poder, todas las prerrogativas del caballero F, se declaró triunfante en Paphos; dominó á Pharaón y á Phelipe; y orgullosa de su poder, exaltada por su phantasia, se hizo respetar como propheta y philóso-

pho. Sin embargo, por mucho que fuese sulphúrico su carácter, por mucho que fuese grande su poder, vino un tiempo en que la Muy Real Academia la declaró enemiga de la paz ortográfica, y después de encarnizadas contiendas en el campo de la escritura, Ph fué derrotada en toda la línea, entrando el caballero F triunfalmente en Pafos como profeta, filósofo, sulphúrico y fantástico protector de Faraón y de Felipe.

—¡Oh, oh, qué bien! ¡Cuánto me alegro de la derrota de Ph!, dice Juanito batiendo palmas.

—P, desde luego se separó de H, pensando sin duda que, con relacionarse con el Papa y la Pepa, fumar en pipa y ver desde la popa de un buque como se hacen pupa no pocos muchachos encaramándose, hay lo suficiente para representar todavía un buen papel en el mundo de las letras. En cuanto á H, por mucho que valga históricamente hablando, por mucho que entienda en herencias y heroicidades, por más que la considere el hombre, causa horror lo que ha venido á menos, por lo que, haciendo excepción de las buenas gentes de Extremadura y de Andalucía, nadie se preocupa ya con hacerla sonar con música de jota en sus conversaciones.

En fin, basta ya de historias, que estoy ansioso de saber la vuestra, mejor dicho, el por qué se pelearon Ekis y su mujer.

—Ocupamos dos camitas muy cerca del comedor. Pronto se durmió Juanito soñando que el monstruo de la doble Erre cometía cien mil atrocidades. Por fin se calmó... Mis ojos se rendían al sueño, cuando de pronto oí la voz de H.

Decía airadamente:

«—Hiciste mal invitando á los dos aviadores á que pasaran la noche en casa.

»—No mujer. Quizá son huérfanos.

»—¿Acaso es mi hogar una casa de orfandad?

»—¡Harto sé, gritó el periodista quebrando el primer plato, que por mucho que te interesen los huérfanos nunca fuiste capaz de hacer obra alguna en bien de la orfandad, por la razón de que sientes horror contandando los huesos del pobre que te pide limosna sin que te invite el corazón á cubrir en lo que puedas su osamenta!

»—¡Nada tengo que ver con los huesos ni los huérfanos, ni siquiera con tus filosofías que suenan á hueco, mal marido!, respondióle Hache fuera de sí.»

—En esto llevaba razón, arguyo con poca sorpresa de mis intrépidos aviadores. Habéis de saber que H no es originaria en los vocablos orfandad, oquedad, osamenta, aunque figure en las palabras huérfano, hueco y hueso.

—¡Cuando yo decía que ez muy falza la tal zeñora!, exclama con inmenso júbilo Juanito.

—¿Y por qué razón, pregunta Juanita, se entromete pues en las tres palabras?

—Por la razón de que los antiguos, como escribían la u y la v con un so'lo signo por carecer de otro á

propósito, necesitaron de H para indicar en sus escritos cuándo tenía que sonar la palabra con u ó con v. Pero, ¡por Dios, basta de dilaciones! Decidme, ¿qué contestó el periodista á su hipócrita mujer!

«—¿Hueca mi filosofía?, vociferó haciendo añicos un segundo plato. ¡Tus palabras sí que están huecas de todo sentimiento!

»—¡Me congratulo de semejante oquedad, muy señor mío, ya que con tu pretendida nobleza de alma no consigues desterrar al hambre que nos atormenta á mi hijo y á mí! ¡Sin harina; sin siquiera un haz de heno; ni un mal puñado de hongos que asar; ni una maldita libra de habas que roer; siempre en miseria suma; siempre regañando los huesos, vistiendo harapos, tragando hiel de puro verte muy honrado como periodista, pero siempre tan incapaz de hacer salir ni una sola espiral de humo grasiento, que denote abundancia, por esa blanca chimenea de mi humilde hogar!

»—¡Si cuidaras del huerto no faltarían buenas viandas; que á labriego holgazán, hierba para el puchero!

»—¡Hilo! ¡Hilo!, gritó H con grande esfuerzo para que su voz dominara el ruido de los platos que en su furor iba quebrando Ekis. ¡Hilo! ¿Pretendes todavía que haga más?

»—¡Puedes hilar, en efecto, cuanto gustes, pero haz de saber que para mí ninguna ilación (1) alcanzan tus palabras!

»—¡Mal hombre!, exclama la mujer retorciéndose las manos. ¡A poco dirás que no soy hacendosa!

»—¡Podrás ser todo lo hacendosa que quieras, pero nadie negará que juegas el mismo papel como holgazana!, vociferó D. Ekis pateando el resto de la docena de platos.

»—¡Pues mira, yo no descanso, dale que dale con el huso!..

»—¡Pero si el huso es en tus manos una herramienta para hilar todas las horas del día!

»—¡Ya! ¡Y como para darme ejemplo de mirar por casa, me humillas hospedando á dos holgazanes de aviadores! Yo te juro que pronto arreglaré todo eso. En cuanto amanezca díles que se busquen casa; de lo contrario, los echaré de la mía.

»—¡Te guardarás muy bien de echarlos, ya que tú nada puedes en lo que toca al verbo echar!

»—¡De hecho que les echo si no parten mañana!»

En eso el furibundo periodista dióse cuenta de que su hijo (2) estaba atisbando cuanto hacían y decían.

»—¡Ven aquí, pilluelo!, gritó desatando su furia con lo que de loza y de cristal quedaba. ¡Ya sé que

(1) Así como la palabra acción se escribe sin h por no derivar de hacer, sino del latín actio, también se escribe sin ella ilación por no venir de hilar, sino del vocablo latino illatio.

(2) Todas cuantas voces antiguamente se escribían con F, como, por ejemplo: facer, falcón, farina, fijo, fumo, etc., van escritas modernamente con H.



vienes sentando plaza de espía y que todo lo charlas al vecindario! ¡Ven aquí, granuja!»

Y tirando el Sr. Ekis de la oreja al aterrado muchacho, le puso de rodillas para que expiara su delito de espionaje.

Luego el Sr. X se extendió en axiomas, examinando un sin fin de faltas que de su hijo sabía y, cosa nada extraña en él, para explicarse mejor á cada momento quebraba lo que más á mano tenía.

Hache, para defender á su hijo, creyó del caso burlarse de su esposo, diciendo:

«—Ya me esplico, ya no extraño por qué eres tan excaso en darnos dinero para vivir... ¡nunca nos has querido! Ni siquiera nos das lo extricto, lo necesario para que el hambre no acabe con nosotros y, en cambio, vives tú con todo esplendor...»

Oír Ekis las palabras de su mujer y darse como suele decirse á los demonios, fué cosa de un solo instante.

—¡Hizo añicoz un ezpejo! ¡Destrozó no una zilla, toda la zillería! ¡Volcó el bufete! ¡Qué zé yo; laz mil y una barbaridadez!

—¿Cómo se explica usted que montara en tan grande cólera?, me pregunta Juanita con perplejidad.

—Porque, realmente, tan furibundo periodista debía ser la propia X en persona, y por consiguiente, se consideró muy ofendido al notar que su mujer pronunciaba con s las palabras *explico* y *extraño*, así como con x los vocablos *excaso*, *extricto* y *esplendor*.

—¡Zí que ez verdad!, exclama Juanito con suma importancia. ¡Yo ya sabía ezo!

—Si de cierto lo sabías, ¿cómo no me contestaste cuando te le pregunté en casa del periodista?

—¡Porque zobraado trabajo tuve en vezirme, en abrir la ventana y ezcapar!.. ¿No te acuerdaz ya de que loz doz huímoz amedrentadoz, temiendo que el mal vivir de aquel miserable hogar ezallara al fin zobre nozotroz?

—¡De modo que no tuvisteis más remedio que huir!, exclamo impresionadísimo. ¿Y pasasteis la noche en la calle?

—Zí, zeñor, como doz pilletez ó como doz mendigoz; lo que uzted quiera.

—¿Sin dormir?

—Sin ni siquiera cerrar los ojos, afirmó Juanita, ya que después de escalar la tapia del jardín, anduvimos á la ventura de Dios por las calles desiertas y oscuras de la ciudad, temblando de frío y de miedo. Nuestra intención era volver al sitio donde teníamos los aparatos y emprender el ya deseado regreso á nuestro país... pero ¿cómo orientarnos?

—Doz hombrez ze acercaban pauszadamente...

—Y el ruido de sus pasos resonaba tétrico en la absoluta quietud de la noche... Iban los dos tan graves, tan tiesos, que pronto convinimos en no alarmarnos y suponer que eran dos...

—¡Urbanoz!, interrumpe Juanito. ¡Ezo ez, doz urbanoz de la ciudad ortográfica!



Festival de educación física organizado por el Real Colegio de las Escuelas Pías de Barcelona y celebrado el día 14 de los corrientes en el campo del Club Deportivo Español.—Los niños que tomaron parte en el festival.—Carrera de bicicletas adornadas: el niño José Casanovas (x), que ganó el primer premio. (De fotografías de A. Merletti.)

—Y fué estupendo lo que pasó.

—Nos miraron con muchísima atención, y después de encogerse de hombros y de morderse ligeramente la parte superior del dedo llamado índice, optaron por proseguir su camino. Era evidente que no nos entendían. Sin embargo, uno de ellos se detuvo y no sé qué debía decirle á su compañero, que los dos, dando grandes zancadas, volvieron á nosotros. «¡Eso es que van á ponernos presos!, dije á Juanito; ¡huyamos!» La sangre estaba poco menos que helada en nuestras venas y no pudimos dar ni un solo paso. Colocáronse junto á nosotros, y profiriendo el nombre del lugar donde deseábamos dirigirnos, adoptaron una postura casi grotesca, como de payaso, la cual, en aquellos momentos, nos acabó de aterrar. En un principio creí que se burlaban de nosotros; pero no, no se burlaban... ¿Sabe usted qué figura reproducían, arqueados los dos, señor vecino?

—Francamente... Yo no sé, Juanita... ¡Dilo de un golpe, que es muy grande mi curiosidad!

—¡Pues afectaban la forma del signo de la interrogación! Si lo hubiésemos empleado nosotros al pronunciar el nombre del sitio que deseábamos saber, nos hubiéramos ahorrado el susto consiguiente.

(Concluirá.)

FESTIVAL DE EDUCACIÓN FÍSICA

Los PP. directores del Real Colegio de las Escuelas Pías de Barcelona, deseosos de mostrar públicamente la importancia que en éstas se concede á la educación física, de conformidad con los más modernos y acreditados métodos pedagógicos, organizaron un festival que se celebró el día 14 de los corrientes en el campo del Club Deportivo Español.

El grandioso local hallábase enteramente lleno de una concurrencia escogidísima.

La fiesta comprendía ejercicios gimnásticos de varias clases y ejercicios de instrucción militar, habien-

do tomado parte en los primeros más de quinientos alumnos, de cinco á quince años, y en los segundos, ciento setenta.

Hubo, en la parte gimnástica, dirigida por el profesor D. Andrés Arjas, carreras á pie libres, á pies juntos, de espaldas; carreras de obstáculos con palancas, paredes, escalas, saltos; ejercicios de gimnasia respiratoria libre, movimientos de conjunto con palos, picas, cuerdas, etcétera; gimnasia rítmica acompañada de cantos; carreras de bicicletas, carroussel, concurso de bicicletas adornadas, *foot-ball*, etc., etc.

Después de los ejercicios gimnásticos, efectuáronse los militares. Los niños, que formaban una compañía de cuatro secciones, maniobraron con gran precisión á las órdenes de su profesor, el capitán de caballería D. Emilio Pou, ejecutando durante tres cuartos de hora varios cambios de frente, formaciones por cuadros de compañía, desfiles en línea y en columna y practicando ejercicios de manejo y esgrima de fusil, todo ello ajustado á los reglamentos de instrucción militar.

Terminadas las evoluciones, procedióse á la solemne entrega de la bandera española á la compañía infantil, que la recibió presentando armas, mientras una charanga tocaba la Marcha Real, y que prometió defenderla siempre como emblema de la patria.

El capitán Sr. Pou dirigió á los pequeños soldados una sentida arenga explicándoles el alcance de la promesa que acababan de hacer y el deber que ella les imponía de defender la patria y la religión y recordándoles que los pueblos sin el ideal de la patria son pueblos envilecidos y esclavos. Los alumnos ratificaron su promesa, entre las aclamaciones de sus compañeros, y la bandera fué retirada con los correspondientes honores.

Terminó el festival con una brillante apoteosis ejecutada por todos los alumnos, que hicieron artísticas evoluciones, realizadas por las luces de un magnífico castillo de fuegos artificiales y coronadas por una grandiosa ovación de los concurrentes, que en toda la tarde no habían cesado de premiar con sus aplausos la labor de aquellos niños.

En los diferentes ejercicios practicados resultaron premiados los alumnos siguientes: José Casanovas, Salvador Solé, Evaristo Madolell, Gabriel Renom, Manuel Vila, Francisco Pujades, Pedro Sineu, Federico Fernández, Enrique Alemán, J. M. Carrau, José Blanc, Félix Vilaret, Luis Verdegay, Juan Salat, Juan Roca, Manuel Mercadal, J. M. Marcer y Antonio Bofill.

Los Rdos. PP. Escolapios recibieron muchas y muy merecidas felicitaciones por aquella bellísima fiesta, en la que se patentizó la atención y el acierto con que procuran la instrucción progresiva y armónica de sus educandos.—T.

ROMA.—BATALLA DE FLORES CELEBRADA EN VILLA BORGHESE (Fotografía de Carlos Abeniacar.)

En obsequio á los miembros del Congreso internacional de la Prensa que con motivo de la Exposición del Cincuentenario se ha celebrado recientemente en Roma, organizóse una batalla de flores que, bajo el alto patronato de S. M. la reina Elena, se efectuó en Villa Borghese.

La tribuna regia, la de los invitados y la de pago ofrecían brillante aspecto sobre todo por gran número de bellas y elegantes damas que las ocupaban; el espacio destinado al público estaba enteramente lleno; y por la pista reservada á la batalla circulaban innumerables coches de todas clases artísticamente adornados con flores, que se disputaban los muchos premios del concurso. Entre éstos, figuraban: el de la reina Elena (una preciosa jardinería de plata con flores raras); el de la reina Margarita (un magnífico centro de mesa de plata maciza finamente cincelado); el del municipio de Roma (una hermosa copa de plata); el de la Sociedad de Comerciantes é Industriales (una cartera de plata); el de la Asociación comercial agrícola romana (dos grandes medallas); y el del Síndico de los cronistas (un rico objeto de arte.)

La lucha fué empeñadísima y no hay que decir que se cruzaron entre los contendientes millares y millares de ramilletes y una cantidad enorme de flores sueltas; durante dos horas y media no cesaron las hostilidades, combatiendo todos con gran

empeño entre los ruidosos aplausos y las bulliciosas manifestaciones de la numerosísima concurrencia.

En el concurso de profesionales obtuvieron medallas de oro: los landós del Sr. Pupilli, de los señores Boselli y Dubois, y del Sr. Gregorini; medallas de plata dorada; los landós del Sr. De Angelis y del Sr. Cardilli y la barca del señor Gioachini; y medallas de plata: los landós del Sr. Mignini, del Sr. Foglietti, del Sr. Tomasi ni y del Sr. Gregori.

En el concurso libre se concedieron: el primer premio, el de la reina Elena y estandarte de honor, al automóvil del Sr. Rossetti ricamente adornado con grandes trofeos y cascadas de rosas pálidas; el segundo, el de la reina Margarita y estandarte, al automóvil del Sr. Pugla, decorado con dos trofeos de ninfas y rosas blancas; el tercero, el del municipio de Roma y estandarte, al automóvil de la señora Osella guarnecido de rosas amarillas; el cuarto, el de la Cámara de Comercio, al automóvil del Sr. Sforza; el quinto, el de la Sociedad de Comerciantes, á la charrette del Sr. Persiani; y el sexto, el de la Sociedad de Fondistas, al milord del Sr. Stan-kay.

Además se otorgaron estandartes de honor al coche del Sr. Mariani, á los automóviles de los

señores Zust y Spidari y al velocípedo del Sr. Calcioli. Finalmente obtuvo el premio del concurso reclamo, consistente en una medalla de plata y un estandarte de honor, el automóvil de la casa Fiorentino que el adjunto grabado reproduce.



Desfile de los coches adornados por delante de las tribunas

En primer término, el coche de la casa Fiorentino que ha ganado el premio del concurso reclamo

Fué una fiesta espléndida favorecida por un tiempo hermoso, y para que se comprenda cuántos debieron ser los carruajes que en ella tomaron parte, bastará consignar los premios que se adjudicaron.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DEL AMSTEL AL RHIN, por Antonio J. Bastinos. — Colección de artículos tan interesantes como amenos, en los que el autor narra, en galana forma y con profundo espíritu de observación, sus impresiones de un viaje por Holanda, Bélgica y Alemania, describiendo las principales ciudades de estos países, sus costumbres, sus principales monumentos y avalorando su descripción con oportunísimas consideraciones. Un tomo de 212 páginas ilustrado profusamente y elegantemente encuadrado, editado en Barcelona por su autor.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE VENEZUELA, por Francisco González Guindón. — Hemos recibido el tomo octavo de esta obra verdaderamente monumental á la que en diversas ocasiones hemos dedicado los entusiastas elogios que se merece y que damos por reproducidos con ocasión de la publicación del nuevo volumen. Contiene éste el final de la parte cuarta, que trata de los gobiernos revolucionarios (1858-1863) y los primeros capítulos de la parte quinta en que se estudia el gobierno de la Federación. Un tomo de 542 páginas con numerosos grabados, impreso en Caracas en la tipografía de la empresa El Cojo.

HOSPITAL CLÍNICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE BARCELONA. AÑO IV. 1910. — Un folleto de 88 páginas que contiene una memoria del individuo de la Junta Administrativa, Excmo. Sr. D. Guillermo de Boladeres, minuciosas estadísticas del personal facultativo y administrativo, del movimiento hospitalario, de los servicios facultativos, del depósito judicial, de los servicios administrativos, del consumo de los artículos, del material móvil adquirido y de las principales obras efectuadas, el balance y un resumen estadístico comparativo. Impreso en Barcelona en la imprenta de J. Horta.

LA DONA D'AIGUA I ALTRES CONTALLES, de Andersen, traducción catalana de J. Massó Ventós. — Este libro que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Averç» contiene seis bellísimas narraciones del célebre poeta y novelista danés; la versión catalana está hecha con gran cariño. Un tomo de 114 páginas; precio cincuenta céntimos.

ENSAYOS DRAMÁTICOS, de R. Monner Sans. — Nuestro distinguido colaborador ha reunido en este volumen tres comedias en tres actos y un boceto dramático en uno, unas y otro de costumbres argentinas y escritos en prosa. Las cuatro producciones interesan por su argumento, por su bien desarrollada acción y por la verdad de los personajes que en ellas intervienen,

y estas cualidades están avaloradas por un estilo elegante y perfectamente castizo. Un tomo de 310 páginas impreso en Buenos Aires en la imprenta de la fábrica «La sin bombo.»

REPÚBLICA DE COLOMBIA. DIVISIÓN TERRITORIAL VIGENTE, por Francisco J. Vergara y Velasco. — Nomenclátor alfabético de los departamentos, provincias, distritos, corregimientos, caseríos, telégrafos, correos y habitantes. Un folleto de 48 páginas impreso en Bogotá, en la Imprenta Eléctrica.

EL VALOR SOCIAL DEL EVANGELIO, por L. Garriguet, versión española de Angel Avilés. — Dada la importancia que en nuestros días ha adquirido la cuestión social y la forma de violencia con que ciertas escuelas quieren resolverla, resulta oportunísima y bienhechora la publicación de este hermoso libro del sabio rector del Seminario de Aviñón, en el que se demuestra que en el Evangelio se halla solución adecuada á todos los problemas sociales y que en las enseñanzas de Jesús habrán de inspirarse siempre los que quieran resolver de un modo armónico y justo los conflictos que aquellos principios determinan. Un tomo de 256 páginas que forma parte de la interesante biblioteca «Ciencia y Acción - Estudios sociales», que con tanto éxito publica en Madrid D. Saturnino Calleja; precio una peseta.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, por D. MODESTO LAFUENTE, CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS
POR D. JUAN VALERA, CON LA COLABORACIÓN DE D. ANDRÉS BORREGO Y D. ANTONIO PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadrados con tapas alegóricas. — Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuida en 25 tomos lujosamente encuadrados, á 5 pesetas uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN